

*Cuadernos
liberales*

Friedrich A. Hayek

SOBRE EL CONOCIMIENTO



Lectulandia

Sobre el conocimiento contiene dos importantes y debatidos trabajos: *El uso del conocimiento* y *La pretensión del conocimiento*.

El primero de estos ensayos ha llegado a ser un clásico de nuestro tiempo, y es donde Hayek plantea por primera vez su tesis del sistema de precios como un desarrollo social que resulta de un proceso evolutivo y no del diseño deliberado, lo que permite descubrir y transmitir la información económica que se encuentra dispersa y fragmentada entre miles y miles de individuos. Emerge así una teoría que ve en el mercado un método de transmisión y utilización del conocimiento.

El segundo es su discurso de aceptación del Premio Nobel en 1974, donde amplía estas ideas y, además, realiza una profunda crítica a la profesión por la aplicación de métodos de las ciencias físicas para el análisis y la realización de previsiones económicas. Sostiene además la imposibilidad de que una persona o un planificador central pueda tener o acumular todo el conocimiento para la ejecución de un proyecto, y que solo a través de «prueba y error» se puede avanzar.

Completa esta edición de ePL el discurso presidencial que Hayek pronunció el 10 de noviembre de 1936 ante el London Economic Club. Publicado pocos meses después como *Economía y conocimiento*, Hayek reafirmaría muchos años más tarde su valor debido al importante papel que jugó en el desarrollo de su pensamiento, cerniéndose claramente sobre sus propias reconstrucciones retrospectivas.

Friedrich A. Hayek

Sobre el conocimiento

Cuadernos liberales - 16

ePub r1.0

Titivillus 15.09.2023

Títulos originales: *Economics and Knowledge, The Use of Knowledge in Society, The
Pretence of Knowledge*
Friedrich A. Hayek, 2022

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

[Cubierta](#)

[Sobre el conocimiento](#)

[El uso del conocimiento en la sociedad](#)

[La pretensión del conocimiento](#)

[Economía y conocimiento](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

El uso del conocimiento en la sociedad^[1]

I

¿Cuál es el problema que queremos resolver cuando tratamos de construir un orden económico racional?

Basándose en ciertos supuestos comunes, la respuesta es bastante simple. Si poseemos toda la información pertinente y podemos partir de un sistema dado de preferencia contando con un completo conocimiento de los medios disponibles, el problema que queda es puramente de lógica. En otras palabras, la respuesta a la pregunta referente al mejor uso de los medios disponibles se encuentra implícita en nuestros supuestos. Las condiciones que debe satisfacer la solución de este problema óptimo han sido detalladamente elaboradas y pueden ser mejor establecidas en forma matemática: expresadas brevemente, las tasas marginales de sustitución entre dos bienes o factores cualesquiera deben ser iguales en todos sus usos diferentes.

Sin embargo, éste decididamente *no* es el problema económico que enfrenta la sociedad. Y el cálculo económico que hemos desarrollado para resolver este problema lógico, a pesar de ser un paso importante hacia la solución del problema económico de la sociedad, aún no proporciona una respuesta a éste. Esto se debe a que los «datos» referentes a toda la sociedad a partir de los cuales se origina el cálculo económico no son nunca «datos» a una sola mente de modo que pueda deducir sus consecuencias y nunca, tampoco, pueden así ser datos.

El carácter peculiar del problema de un orden económico racional está determinado precisamente por el hecho de que el conocimiento de las circunstancias que debemos utilizar no se encuentra nunca concentrado ni integrado, sino que únicamente como elementos dispersos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio en poder de los diferentes

individuos. De este modo, el problema económico de la sociedad no es simplemente un problema de asignación de recursos «dados» —si «dados» quiere decir dados a una sola mente que deliberadamente resuelve el problema planteado por estos «datos»—. Se trata más bien de un problema referente a cómo lograr el mejor uso de los recursos conocidos por los miembros de la sociedad, para fines cuya importancia relativa sólo ellos conocen. O, expresado brevemente, es un problema de la utilización del conocimiento que no es dado a nadie en su totalidad.

Temo que muchos de los últimos avances de la teoría económica han más bien oscurecido en vez de aclarado este carácter del problema fundamental, cosa que ocurre especialmente en el caso de muchos de los usos que se han hecho de las matemáticas. A pesar de que el problema que quiero tratar principalmente en este documento es el de la organización económica racional, me referiré frecuentemente a sus estrechas relaciones con ciertos problemas metodológicos. Muchas de las observaciones que quiero hacer son en realidad conclusiones a las que han convergido en forma inesperada diversas líneas de razonamiento. Pero, según veo ahora los problemas, esto no es accidental. Me parece que muchos de los debates actuales sobre la teoría y la política económica tienen su origen común en una mala interpretación de la naturaleza del problema económico de la sociedad. A su vez, esta mala interpretación se debe a una transferencia equivocada a los fenómenos sociales de los hábitos de pensamiento que hemos desarrollado al ocuparnos de los fenómenos de la naturaleza.

II

En lenguaje corriente, usamos el término «planificación» para describir el conjunto de decisiones interrelacionadas relativas a la asignación de nuestros recursos disponibles. En este sentido, toda actividad económica es planificación, y en toda sociedad en la que participan muchas personas, esta planificación, quienquiera que la realice, tendrá que basarse en alguna medida en conocimiento que no es dado al planificador sino que a otras personas cualesquiera y, que de algún modo, deberá ser comunicado a éste. Las diversas formas en que la gente adquiere el conocimiento en que basa sus planes constituye el problema más importante para toda teoría que investiga el proceso económico. Y el problema de determinar cuál es la mejor forma de utilizar el conocimiento inicialmente disperso entre todos los individuos

constituye, a lo menos, uno de los principales problemas de la política económica, o del diseño de un sistema económico eficiente.

La respuesta a esta pregunta está íntimamente relacionada con la otra que surge aquí, aquella referente a *quién* se encargará de la planificación. Es en torno a esta última que gira todo el debate sobre la «planificación económica». No se trata de determinar si debe haber o no planificación, sino que más bien si la planificación debe ser efectuada en forma centralizada, por una autoridad para todo el sistema económico, o si ésta debe ser dividida entre muchos individuos. En el sentido específico en que se usa el término planificación actualmente, éste significa necesariamente planificación central, es decir, la dirección de todo el sistema económico conforme a un plan unificado. Por otra parte, competencia significa planificación descentralizada realizada por muchas personas diferentes. El punto intermedio entre ambos, acerca del que muchos hablan pero que a pocos les gusta cuando lo ven, es la delegación de la planificación a industrias organizadas o, en otras palabras, a monopolios.

El grado de eficiencia de estos sistemas depende principalmente del más completo uso del conocimiento existente que podamos esperar de ellos. A su vez, esto depende del éxito que podamos tener en poner a disposición de una autoridad central todo el conocimiento que se debe usar, pero que inicialmente se encuentra disperso entre muchos individuos diferentes, o en comunicar a los individuos el conocimiento adicional que necesitan para armonizar sus planes con los de los demás.

III

Con respecto a este punto, es inmediatamente evidente que la posición será diferente con respecto a los diversos tipos de conocimiento. Por lo tanto, la respuesta a nuestra pregunta se orienta principalmente hacia la importancia relativa de los diferentes tipos de conocimiento: aquellos que es más probable que se encuentren a disposición de individuos particulares y aquellos que deberíamos esperar encontrar con mayor seguridad en poder de una autoridad constituida por expertos debidamente seleccionados. El hecho de que en la actualidad se dé generalmente por sentado que los últimos están en una mejor posición se debe a que un tipo de conocimiento, especialmente el conocimiento científico, ocupa ahora un lugar tan prominente en la imaginación pública que tendemos a olvidar que no es el único tipo de conocimiento pertinente. Se puede admitir que en lo que respecta al

conocimiento científico, un cuerpo de expertos debidamente seleccionados puede estar en mejor posición para dominar todo el mejor conocimiento disponible, a pesar de que esto signifique naturalmente trasladar la dificultad al problema de seleccionar los expertos. Lo que quiero dejar en claro es que, incluso suponiendo que este problema pueda ser fácilmente resuelto, constituye sólo una pequeña parte del problema más amplio.

Hoy en día, es prácticamente una herejía sugerir que el conocimiento científico no es la suma de todo el conocimiento. Pero una pequeña reflexión demostrará que sin duda existe un conjunto de conocimientos muy importantes pero desorganizado que no puede llamarse científico en el sentido del conocimiento de reglas generales: el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar. Es con respecto a éste que prácticamente cualquier individuo tiene cierta ventaja sobre los demás, dado que posee cierta información única que puede usarse beneficiosamente, pero sólo si se dejan a él las decisiones dependiendo de dicha información o éstas son tomadas con su activa cooperación. Basta con recordar todo lo que tenemos que aprender en cualquier ocupación después de haber terminado el entrenamiento teórico, la parte importante de nuestra vida de trabajo que pasamos aprendiendo tareas específicas, y lo valioso que es en todos los ámbitos de la vida el conocimiento de las personas, condiciones locales y circunstancias específicas. El conocer y poner en uso una máquina que no es completamente empleada, aprovechar la experiencia de alguien que puede ser mejor utilizada, o tener conocimiento de artículos sobrantes que pueden aprovecharse durante una interrupción del abastecimiento es socialmente tan útil como el conocimiento de mejores técnicas alternativas. El embarcador que se gana la vida aprovechando los viajes de barcos que de otra manera irían vacíos o prácticamente vacíos, el corredor de propiedades cuyo conocimiento con frecuencia se reduce al conocimiento de oportunidades temporales, o el intermediario que saca ventajas de las diferencias locales de los precios de los productos, todos ellos realizan funciones eminentemente útiles basadas en el conocimiento especial de las circunstancias del momento que otros no poseen.

Es curioso que en la actualidad se mire en general a esta clase de conocimientos con cierto desprecio y se considere que alguien ha actuado casi escandalosamente cuando haciendo uso de este conocimiento obtiene ventajas sobre otro que posee conocimientos técnicos o teóricos. El hecho de sacar ventaja de un mejor conocimiento de los medios de comunicación o de transporte es considerado a veces como algo casi deshonesto, a pesar de que

es tan importante que la sociedad haga uso de las mejores oportunidades en este aspecto como de los últimos descubrimientos científicos. Este prejuicio ha influido considerablemente en la actitud con respecto al comercio en general comparado con la producción. Incluso los economistas que se consideran inmunes a las burdas falacias materialistas del pasado cometen en forma constante el mismo error en lo concerniente a las actividades relativas a la adquisición de dicho conocimiento práctico, aparentemente porque en su esquema de las cosas todo este conocimiento se supone «dado». En la actualidad, por lo general, parece pensarse que todo este conocimiento debiera encontrarse con frecuencia disponible para cualquier persona, y el calificativo de irracional usado en contra del orden económico existente se debe a menudo a que este conocimiento no se encuentra así disponible. Este punto de vista no considera el hecho de que el método mediante el cual este conocimiento puede ponerse a disposición del mayor número de personas posibles constituye en rigor el problema preciso que tenemos que resolver.

IV

Si ahora está de moda minimizar la importancia del conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar, esto está íntimamente relacionado con la menor importancia que se concede al cambio en sí. En realidad, son pocos los puntos en que los supuestos (en general sólo implícitos) de los «planificadores» difieren tanto de los de sus opositores como en lo referente a la importancia y frecuencia de los cambios que harán necesaria la realización de importantes modificaciones en los planes de producción. Naturalmente, si fuera posible trazar de antemano planes económicos detallados para períodos bastante largos que fueran con estrictez cumplidos de manera que no fuera necesario tomar nuevas decisiones económicas de importancia, la tarea de elaborar un plan general que abarcara toda la actividad económica sería mucho menos difícil.

Tal vez vale la pena recalcar que los problemas económicos surgen siempre y exclusivamente como consecuencia del cambio. En la medida en que las cosas siguen igual que antes o, al menos, como se esperaba que ocurriera, no surgen nuevos problemas que requieran de decisión ni tampoco es necesario elaborar un nuevo plan. La creencia de que los cambios o, al menos, los ajustes cotidianos se han vuelto menos importantes en los tiempos modernos lleva implícita la opinión de que los problemas económicos también se han vuelto menos importantes. Por esa razón, quienes creen en la

significación cada vez menor del cambio son generalmente los mismos que sostienen que la importancia de las consideraciones económicas ha pasado a segundo plano debido a la creciente utilidad del conocimiento tecnológico.

¿Es cierto que, con el complejo aparato de producción moderna, las decisiones económicas son necesarias sólo de tarde en tarde, como por ejemplo, cuando se va a construir una nueva fábrica o se va a introducir un nuevo producto? ¿Es cierto que una vez que se ha construido una planta, todo lo demás es más o menos mecánico y está determinado por el carácter de la planta y queda poco por hacer en cuanto a adaptación a las siempre cambiantes circunstancias del momento?

La creencia harto común en el sentido afirmativo no está sustentada, hasta donde yo puedo darme cuenta, por la experiencia práctica del empresario. En todo caso, en una industria competitiva, y sólo una industria de este tipo puede servir de prueba, la tarea de evitar que suban los costos requiere de una lucha constante que absorbe una parte importante de la energía del administrador. La facilidad con que un administrador ineficiente puede desperdiciar los diferenciales en que se basan las utilidades y la posibilidad de producir con las mismas instalaciones técnicas y con una gran variedad de costos, se encuentra entre los hechos más conocidos de la experiencia empresarial que no parecen ser igualmente conocidos por el economista. La misma intensidad del deseo, constantemente repetido por los productores e ingenieros en el sentido de que se les permita proceder sin trabas por concepto de costos monetarios, constituye un testimonio elocuente de la medida en que estos factores influyen en su trabajo diario.

Una razón por la que los economistas tienden cada vez más a olvidar los constantes cambios pequeños que constituyen el cuadro económico global es probablemente su creciente preocupación por los agregados estadísticos que muestran una estabilidad mucho mayor que los movimientos del detalle. Sin embargo, la comparativa estabilidad de los agregados no puede ser explicada por la «ley de los grandes números» o la mutua compensación de los cambios al azar, como a veces los estadísticos parecen verse inclinados a pensar. El número de elementos que tenemos que manejar no es lo suficientemente grande como para que estas fuerzas accidentales produzcan estabilidad. El flujo continuo de bienes y servicios se mantiene mediante constantes ajustes deliberados, mediante nuevas disposiciones tomadas día a día a la luz de circunstancias no conocidas el día anterior, o por B que entra en acción apenas A no cumple. Incluso la gran planta altamente mecanizada sigue en operación debido a un medio ambiente al que puede recurrir para todo tipo de

necesidades imprevistas: tejas para su techo, papel para sus formularios, y todo tipo de equipos con respecto a los cuales no puede ser independiente y que, de acuerdo a los planes de operación de la planta, deben estar fácilmente disponibles en el mercado.

Tal vez, éste es también el punto en que debería mencionar brevemente el hecho de que el tipo de conocimiento a que me he referido es aquel que por su naturaleza no puede formar parte de las estadísticas ni, por consiguiente, ser transmitido a ninguna autoridad central en forma estadística. Las estadísticas que debería usar tal autoridad central deberían obtenerse precisamente haciendo abstracción de las pequeñas diferencias entre las cosas, y juntando, como recursos de un mismo tipo, los elementos que difieren con respecto al lugar, calidad y otros aspectos particulares, en una forma que puede ser muy significativa para la decisión específica. De esto se deduce que la planificación central basada en información estadística, por su naturaleza, no puede considerar directamente estas circunstancias de tiempo y lugar y que el planificador central tendrá que encontrar alguna forma en que las decisiones dependientes de ellas puedan ser dejadas al «hombre que está en el terreno».

V

Si estamos de acuerdo en que el problema económico de la sociedad se refiere principalmente a la pronta adaptación a los cambios según circunstancias particulares de tiempo y lugar, se podría inferir que las decisiones finales deben dejarse a quienes están familiarizados con estas circunstancias, a quienes conocen de primera mano los cambios pertinentes y los recursos disponibles de inmediato para satisfacerlos. No podemos esperar resolver este problema comunicando primero todo este conocimiento a una junta central, la que, después de integrarlo, dicta órdenes. Es preciso resolverlo por medio de alguna forma descentralizada. Pero esto soluciona sólo parte de nuestro problema. Necesitamos la descentralización porque sólo así podemos asegurar que el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar será prontamente utilizado. Pero el hombre que está en el terreno no puede decidir a base de un conocimiento limitado pero profundo de los acontecimientos de su medio ambiente inmediato. Aún queda el problema de comunicarle la información adicional que necesita para hacer calzar sus decisiones dentro del patrón general de cambios de todo el sistema económico.

¿Cuánto conocimiento necesita para realizar esto con éxito? ¿Cuáles acontecimientos de los que ocurren más allá del horizonte de su conocimiento

inmediato tienen relación con su decisión inmediata, y cuánto necesita saber acerca de ellos?

Es difícil que haya algo de lo que ocurre en el mundo que no *influya* en la decisión que debe tomar. Pero no necesita conocer todos estos acontecimientos como tales, ni tampoco *todos* sus efectos. No le importa la *razón* por la que en un determinado momento se necesiten más tornillos de un tamaño que de otro, ni por qué las bolsas de papel se consiguen más fácilmente que las de tela, ni por qué sea más difícil conseguir trabajadores especializados o una máquina determinada. Todo lo que le importa es determinar *cuán* difícil de obtener se han vuelto estos productos en comparación con otros que también le interesan, o el grado de urgencia con que se necesitan los productos alternativos que produce o usa. Siempre es un problema de la importancia relativa de las cosas específicas que le interesan, y las causas que alteran su importancia relativa no tienen interés para él aparte del efecto en aquellas cosas concretas de su medio ambiente.

Es en relación con esto que lo que he denominado «cálculo económico» (o lógica pura de la elección) nos ayuda, al menos por analogía, a ver la forma en que se puede resolver el problema, que de hecho se resuelve mediante el sistema de precios. Incluso la única mente controladora, en poder de todos los datos para un pequeño sistema económico independiente, no podría —cada vez que fuera necesario hacer algunos pequeños ajustes en la asignación de recursos— analizar todas las relaciones entre fines y medios que podrían verse afectadas. En realidad, la gran contribución de la lógica pura de la elección es que ha demostrado en forma concluyente que incluso esta mente única podría resolver este tipo de problemas sólo construyendo y usando constantemente tasas de equivalencia (o «valores», o «tasas marginales de sustitución»), es decir, asignando a cada tipo de recurso escaso un indicador numérico que no puede derivarse de ninguna propiedad que posea dicho objeto específico, pero que refleja, o en el que está condensada, su importancia en vista de toda la estructura medios-fines. En cualquier cambio pequeño, tendrá que considerar sólo estos indicadores cuantitativos (o «valores») en los que se encuentra concentrada toda la información pertinente; y ajustando las cantidades una por una, puede volver a ordenar debidamente todas sus disposiciones sin tener que resolver todo el puzzle *ab initio* o sin tener que revisarlo en ninguna etapa en todas sus ramificaciones.

Fundamentalmente, en un sistema en que el conocimiento de los hechos pertinentes se encuentra disperso entre muchas personas, los precios pueden actuar para coordinar las acciones separadas de diferentes personas en la

misma manera en que los valores subjetivos ayudan al individuo a coordinar las partes de su plan. Vale la pena considerar brevemente un ejemplo muy sencillo y corriente de la acción del sistema de precios para comprender lo que precisamente realiza. Supongamos que en alguna parte del mundo ha surgido una nueva oportunidad para el uso de alguna materia prima, por ejemplo, el estaño o que se ha eliminado una de las fuentes de suministro de éste. Para nuestro propósito, no tiene importancia —y el hecho de que no tenga importancia es en sí importante— cuál de estas dos causas ha provocado la escasez del estaño. Todo lo que los consumidores de estaño necesitan saber es que una parte del estaño que consumían está siendo ahora empleado más rentablemente en otro lugar y que, por consiguiente, deben economizar su uso. La gran mayoría de ellos no necesita ni siquiera saber dónde se ha producido la necesidad más urgente, o en favor de qué otras necesidades deben manejar prudentemente la oferta. Si sólo algunos de ellos saben directamente de la nueva demanda y orientan recursos hacia ella, y si la gente que está consciente de este vacío así producido lo llena a su vez con otros recursos, el efecto se extenderá rápidamente a todo el sistema económico e influirá en no sólo todos los usos del estaño, sino que también en aquellos de sus substitutos y los substitutos de estos substitutos, la oferta de todos los productos hechos de estaño, sus substitutos y así sucesivamente. Todo esto sucede sin que la gran mayoría de quienes contribuyen a efectuar tales substituciones conozca la causa original de estos cambios. El todo actúa como un mercado, no porque alguno de sus miembros tenga una visión de todo el campo, sino porque sus limitados campos individuales de visión se traslapan suficientemente de manera que la información pertinente es comunicada a todos a través de muchos intermediarios. El simple hecho de que existe un precio para cada producto —o mejor dicho, que los precios locales están relacionados en una forma determinada por el costo del transporte, etc.—, proporciona la solución a que podría haberse llegado (cosa sólo conceptualmente posible) con una sola mente en poder de toda la información que de hecho se encuentra dispersa entre todas las personas que participan en el proceso.

VI

Para comprender la verdadera función del sistema de precios —función que, naturalmente, cumple en forma menos perfecta cuando los precios se vuelven más rígidos— debemos considerar dicho sistema como un mecanismo para

comunicar información. (Sin embargo, incluso cuando los precios cotizados se han vuelto bastante rígidos, las fuerzas que operarían a través de cambios en los precios aún operan en una medida considerable a través de cambios en los otros términos del contrato). El hecho más significativo acerca de este sistema es la economía de conocimientos con que opera, o lo poco que necesitan saber los participantes individuales para poder tomar la decisión correcta. En resumen, mediante una especie de símbolo, se comunica sólo la información más esencial y sólo a quienes les concierne. Es más que una metáfora el describir el sistema de precios como una especie de maquinaria para registrar el cambio, o un sistema de telecomunicaciones que permite a los productores individuales observar solamente el movimiento de unos pocos indicadores, tal como un ingeniero puede mirar las agujas de unos pocos medidores, a fin de ajustar sus actividades a los cambio acerca de los cuales puede que nunca sepan ellas más que lo que está reflejado en el movimiento de precios.

Naturalmente, es probable que estos ajustes no sean nunca «perfectos» en el sentido en que el economista los concibe en su análisis de equilibrio. Pero temo que nuestros hábitos teóricos de abordar el problema basándonos en el supuesto de que prácticamente todos contamos con un conocimiento más o menos perfecto nos han impedido ver la verdadera función del mecanismo de precios y nos han llevado a aplicar patrones más bien engañosos al juzgar su eficiencia. Lo maravilloso es que en un caso como el de la escasez de una materia prima, sin que se dicte ninguna orden ni que la causa de ello sea conocida más que, tal vez, por una decena de personas, ocurre que millones de personas, cuya identidad no podría ser determinada con meses de investigación, reduzca el uso de la materia prima o sus productos; es decir, de hecho sucede que se mueven en la dirección correcta. Esta es ya una maravilla incluso si, en un mundo constantemente cambiante, no todos reaccionaran tan perfectamente de manera que sus tasas de rentabilidad se mantuvieran siempre al mismo nivel uniforme o «normal».

He usado deliberadamente el término «maravilla» para sacar al lector de la complacencia con que frecuentemente consideramos el funcionamiento de este mecanismo como algo natural. Estoy convencido de que si este fuera el resultado de la invención humana deliberada, y si la gente guiada por los cambios de precios comprendiera que sus decisiones tienen trascendencia mucho más allá de su objetivo inmediato, este mecanismo hubiera sido aclamado como uno de los mayores triunfos del intelecto humano. Su desventura es doble en el sentido de que no es el producto de la invención

humana y que las personas guiadas por él generalmente no saben por qué son llevadas a hacer lo que hacen. Pero aquellos que claman por una «dirección consciente» —y que no pueden creer que algo que ha evolucionado sin ser diseñado (e incluso sin ser comprendido) pueda resolver problemas que no seríamos capaces de resolver conscientemente— deberían recordar lo siguiente: el problema consiste precisamente en cómo extender el campo de nuestra utilización de los recursos más allá del campo de control de una sola mente; y, por consiguiente, en cómo eliminar la necesidad del control consciente y crear incentivos para que los individuos hagan lo que es conveniente sin que nadie tenga que decirles qué hacer.

El problema que enfrentamos aquí no es de ninguna manera característico de la economía. Surge en relación con casi todos los verdaderos problemas sociales, con el lenguaje y con gran parte de nuestra herencia cultural, y constituye realmente el problema teórico central de toda la ciencia social. Tal como Alfred Whitehead ha señalado en otro contexto: «La afirmación de que debemos cultivar el hábito de pensar lo que estamos haciendo constituye un axioma profundamente erróneo repetido en todos los libros y por eminentes personas al dictar conferencias. La verdad es exactamente lo contrario. La civilización avanza al aumentar la cantidad de operaciones importantes que podemos realizar sin pensar acerca de ellas». Esto tiene mucha importancia en el campo social. Constantemente usamos fórmulas, símbolos y reglas cuyo significado no comprendemos y haciendo esto nos valemos de la ayuda de conocimiento que individualmente no poseemos. Hemos desarrollado estas prácticas e instituciones construyendo sobre hábitos e instituciones que han resultado exitosos en su propia esfera y que, a su vez, han pasado a ser la base de la civilización que hemos construido.

El sistema de precios es precisamente una de esas formaciones que el hombre ha aprendido a usar (a pesar de que aún está muy lejos de haber aprendido a hacer el mejor uso de ella) después de haberse visto enfrentado a ella sin entenderla. Con ella ha sido posible no sólo una división del trabajo, sino que también un uso coordinado de los recursos basado en un conocimiento igualmente dividido. A quienes les gusta ridiculizar toda sugerencia de que esto pueda ser así, generalmente, distorsionan el argumento insinuando que, según éste, dicho sistema ha surgido por algún milagro espontáneo siendo el más apropiado para la civilización moderna. Lo que sucede es exactamente lo contrario: el hombre ha sido capaz de conseguir la división del trabajo en que se basa nuestra civilización porque se vio ante un método que lo hizo posible. Si no hubiera hecho eso, podría haber

desarrollado otro tipo de civilización completamente diferente, algo así como el «Estado» de las hormigas termitas, o algún otro tipo totalmente inimaginable. Todo lo que podemos decir es que nadie ha logrado aún diseñar un sistema alternativo en el que puedan preservarse ciertas características del existente que son estimadas incluso por aquellos que lo atacan más violentamente tales como, por ejemplo, el grado en que el individuo —bajo este sistema— puede elegir sus metas y, por consiguiente, usar libremente sus propios conocimientos y habilidades.

VII

En muchos sentidos es positivo que el debate acerca de la necesidad del sistema de precios para todo cálculo racional en una sociedad compleja ya no sea conducido totalmente entre grupos con ideas políticas diferentes. La tesis de que sin el sistema de precios no podríamos preservar una sociedad basada en una división del trabajo tan amplia como la nuestra fue recibida con una carcajada cuando fue presentada por primera vez por von Mises hace 25 años. Actualmente, las dificultades que tienen algunos para aceptarla ya no son principalmente políticas, lo que contribuye a una atmósfera mucho más propicia para la discusión racional. Las diferencias ya no pueden atribuirse a prejuicios políticos cuando nos encontramos con León Trotsky sosteniendo que «la contabilidad económica es inconcebible sin relaciones de mercado», cuando el profesor Oscar Lange promete al profesor von Mises una estatua en los salones de mármol del futuro Comité Central de Planificación y cuando el profesor Abba P. Lerner redescubre a Adam Smith y recalca que la utilidad esencial del sistema de precios radica en inducir al individuo, mientras persigue su propio interés, a hacer lo que es de interés general. El desacuerdo restante parece deberse claramente a diferencias meramente intelectuales y, especialmente, de orden metodológico.

Una reciente afirmación hecha por Joseph Schumpeter en su obra *Capitalismo, Socialismo y Democracia* proporciona un claro ejemplo de una de las diferencias metodológicas que tengo en mente. Su autor es muy conocido entre los economistas que analizan los fenómenos económicos a la luz de una cierta corriente del positivismo. Según él, estos fenómenos surgen, por consiguiente, como cantidades de bienes objetivamente dadas interactuando directamente entre sí casi como si no hubiera ninguna intervención de la mente humana. Sólo en base a esto puedo explicar la siguiente opinión (para mí sorprendente). El profesor Schumpeter sostiene

que la posibilidad de un cálculo racional en ausencia de mercados para los factores de la producción se deduce para el teórico «de la proposición elemental de que los consumidores al evaluar (“demandar”) los bienes de consumo *ipso facto* también evalúan los medios de producción que participan en la producción de estos bienes».^[2]

Tomada literalmente, esta afirmación es simplemente falsa. Los consumidores no hacen nada de este tipo. Lo que el profesor Schumpeter probablemente quiere decir con *ipso facto* es que la evaluación de los factores de producción está implícita en la evaluación de los bienes de consumo o se deduce necesariamente de ella. Pero esto tampoco es correcto. La implicación es una relación lógica que puede manifestarse significativamente sólo en el caso de proposiciones presentes a la vez en una sola inteligencia. Sin embargo, es evidente que los valores de los factores de producción no dependen sólo de la evaluación de los bienes de consumo, sino que también de las condiciones de oferta de los diversos factores de producción. Sólo en el caso de una inteligencia que conozca todos estos hechos a la vez la respuesta se deducirá necesariamente de los hechos dados a ella. Sin embargo, el problema práctico surge precisamente debido a que estos hechos no son nunca dados así a una sola mente, y por consiguiente, en la solución del problema, es necesario usar conocimientos que se encuentran dispersos entre muchas personas.

De este modo, el problema no está de ninguna manera resuelto al demostrar que todos los hechos, si fueran conocidos por una sola inteligencia (como por hipótesis suponemos que son dados a los economistas observadores), determinarían originalmente la solución. Debemos demostrar, en cambio, cómo se logra una solución mediante las interacciones de personas cada una de las cuales posee sólo un conocimiento parcial. Suponer que todo el conocimiento es dado a una sola mente de la misma manera en que es dado a nosotros como economistas investigadores es suponer que el problema no existe y pasar por alto todo lo que es importante y significativo en el mundo real.

El hecho de que un economista de la reputación del profesor Schumpeter haya caído así en una trampa que la ambigüedad del término «dato» tiende a los incautos, difícilmente puede ser explicado como un simple error. Sugiere, más bien, que hay algo fundamentalmente incorrecto en un enfoque que habitualmente no toma en cuenta una parte esencial de los fenómenos que tenemos que tratar: la inevitable imperfección del conocimiento humano y la consiguiente necesidad de un proceso mediante el cual el conocimiento sea

constantemente comunicado y adquirido. Cualquier enfoque, tal como el de gran parte de la economía matemática con sus ecuaciones simultáneas, que efectivamente parte del supuesto de que el *conocimiento* de las personas corresponde a los *hechos* objetivos de la situación, deja sistemáticamente afuera nuestra principal tarea. Estoy lejos de negar que nuestro sistema de análisis de equilibrio tenga una función útil que desempeñar. Pero cuando llega al punto en que desorienta a algunos de nuestros pensadores más destacados haciéndolos creer que la situación que describe tiene directa relación con la solución de los problemas prácticos, es tiempo de recordar que ese método no se ocupa del proceso social en absoluto y que no es más que un útil prolegómeno al estudio del problema principal.

La pretensión del conocimiento^[1]

La singular ocasión de esta conferencia, combinada con el principal problema práctico con que los economistas han de enfrentarse hoy en día, ha hecho casi inevitable la elección del tema. Por una parte, la reciente creación del Premio Nobel de Economía marca una etapa significativa en el proceso por el que, en opinión de la gente, las ciencias económicas han alcanzado en parte la dignidad y el prestigio de las ciencias físicas. Por otro lado, en el momento actual se espera de los economistas que digan cómo ha de extirparse del mundo libre la seria amenaza de la inflación acelerada que —hemos de admitirlo— es el resultado de la política que la mayor parte de los economistas han recomendado, e incluso urgido, a los gobiernos. Hoy por hoy tenemos pocos motivos para sentirnos orgullosos: como profesión, hemos creado una confusión enorme.

En mi opinión, el fallo de los economistas en la consecución de una política más acertada se halla íntimamente relacionado con la propensión a imitar en todo lo posible los procedimientos de las prestigiosas ciencias físicas, lo cual, en nuestra materia, puede conducirnos a un completo error. Es éste un procedimiento que ha sido calificado de actitud «científica», pero que, como ya dije hace treinta años, «es decididamente acientífica en el verdadero sentido de la palabra, ya que supone una aplicación mecánica y acrítica de unos hábitos de pensamiento a campos diferentes de aquellos en que dichos hábitos se han formado».^[2] Quisiera comenzar explicando cómo algunos de los más graves errores de la política económica de estos últimos años son directa consecuencia de esta actitud cientista.

La teoría que ha presidido la política monetaria y financiera durante los últimos treinta años —y que, en mi opinión, es en gran parte resultado de una errónea concepción del procedimiento científico— se centra en la afirmación de que existe una correlación simple entre pleno empleo y demanda global de

bienes y servicios, lo que induce a creer que se puede asegurar de un modo permanente el pleno empleo siempre que se mantenga el gasto total de dinero a un nivel conveniente. Entre las diversas teorías que tratan de explicar el paro en gran escala es ésta probablemente la única en cuyo apoyo pueden aducirse importantes argumentos cuantitativos. Sin embargo, yo la considero fundamentalmente falsa, y la experiencia me dice que actuar bajo su inspiración es sumamente peligroso.

Todo esto me lleva al problema de fondo. A diferencia de lo que sucede en las ciencias físicas, en la economía —lo mismo que en las demás ciencias que tratan de lo que yo llamo fenómenos «esencialmente complejos»— los aspectos de los hechos a explicar que pueden proporcionarnos datos cuantitativos son muy limitados y a veces marginales. Mientras que en las ciencias físicas se supone generalmente, acaso con razón, que cualquier factor importante que determine los acontecimientos observables puede ser a su vez observado y medido, en el estudio de fenómenos «esencialmente complejos», como el mercado, que dependen de las actividades de muchos individuos, las circunstancias que determinan el resultado de un proceso difícilmente (por razones que más adelante explicaré) serán siempre completamente conocidas y mensurables. Mientras que en las ciencias físicas el investigador será siempre capaz de medir, sobre la base de una teoría *prima facie*, lo que considera importante, en las ciencias sociales se trata a menudo como importante únicamente lo que puede ser medido. Esto nos conduce a veces a una situación en la que se pretende que nuestras teorías se formulen tan solo en términos referidos a magnitudes mensurables.

Difícilmente puede negarse que semejante pretensión, totalmente arbitraria, limita los hechos que deben admitirse como posibles causas de los acontecimientos del mundo real. Este punto de vista, que con frecuencia se acepta ingenuamente como si obedeciera a una exigencia del método científico, tiene algunas consecuencias bastante paradójicas. Por supuesto, en lo que respecta al mercado y a otras estructuras sociales semejantes, conocemos muchos hechos que no pueden medirse y de los que tenemos tan solo una muy imprecisa y general información. Y puesto que los efectos de estos hechos en un caso determinado no pueden confirmarse mediante una evidencia cuantitativa, son sencillamente desestimados por quienes solo admiten lo que consideran evidencia científica, procediendo, por tanto, ingenuamente con la ficción de que solo son relevantes los factores que se pueden medir.

La correlación entre demanda global y pleno empleo, por ejemplo, solo puede ser aproximada; pero como es la *única* sobre la que tenemos datos cuantitativos, la aceptamos como la única conexión causal que cuenta. Siguiendo esta pauta, podemos encontrar mayor evidencia «científica» en una teoría falsa, la cual será aceptada desde el momento en que aparece como más «científica», que en una explicación correcta, rechazada por carecer de la suficiente evidencia cuantitativa.

Trataré de ilustrar esto refiriéndome brevemente a lo que considero ser la principal causa del paro masivo, explicando al mismo tiempo la razón por la que dicho paro no puede corregirse de forma permanente a través de la política inflacionista que la teoría hoy en boga recomienda. Entiendo que la explicación correcta está en la existencia de discrepancias entre la distribución de la demanda de los diferentes bienes y servicios y la asignación del trabajo y demás recursos necesarios para producir esos bienes y servicios. Tenemos un buen conocimiento «cualitativo» de las fuerzas que llevan a una correspondencia entre la demanda y la oferta en los diferentes sectores del sistema económico, de las condiciones en que dicha correspondencia puede obtenerse y de los factores que impiden semejante ajuste. Las distintas etapas de este proceso se basan en hechos de experiencia cotidiana, por lo que quienes se tomen la molestia de seguir el razonamiento comprenderán sin dificultad la validez de las suposiciones factuales, así como la corrección lógica de las conclusiones que de ellas se deriven. Tenemos buenas razones para pensar que el paro indica que la estructura de precios y salarios *relativos* se ha distorsionado (de ordinario, a causa de la fijación de precios impuesta por los monopolios o por el gobierno), y que para restablecer el equilibrio entre la demanda y la oferta de trabajo en todos los sectores habrá que introducir algunos cambios en los precios y salarios relativos y ciertas transferencias de trabajo.

Pero cuando se nos pide una evidencia cuantitativa de la particular estructura de precios y salarios que se necesitaría para asegurar una venta fluida y continua de los productos y servicios ofrecidos, debemos admitir que carecemos de semejante información. En otras palabras, conocemos las condiciones *generales* en las que puede establecerse lo que, no muy acertadamente, llamamos «equilibrio»; pero desconocemos los precios y salarios *particulares* que se darían si el mercado produjera tal equilibrio. Solo podemos indicar las condiciones bajo las que podemos esperar que se establezcan en el mercado los precios y salarios en los que la demanda igualará a la oferta. Pero en modo alguno podemos conseguir una información

estadística que muestre la forma en que los precios y salarios actuales se *desvían* de aquellos que asegurarían una venta continua de la oferta de trabajo existente. Esta exposición de las causas del paro es una teoría empírica, en el sentido de que podría demostrarse que es falsa: por ejemplo, si con un aporte constante de dinero un incremento general de los salarios no condujese al paro. Pero no es el tipo de teoría que puede utilizarse para obtener predicciones numéricas y específicas concernientes a las tasas de salarios, o a la distribución que puede esperarse en el trabajo.

¿Por qué en las ciencias económicas hemos de alegar ignorancia sobre aquella clase de hechos respecto a los que, en el caso de una teoría física, se le pide al científico una información precisa? No es sorprendente que quienes se maravillan de los logros de las ciencias físicas encuentren insatisfactoria esta posición e insistan en los tipos de prueba que han encontrado en ellas. La razón de este estado de cosas, como ya indiqué, es que las ciencias sociales, como también ocurre en biología, pero no en las ciencias físicas, se ocupan de estructuras *esencialmente* complejas, es decir, en las que las propiedades características solo pueden mostrarse mediante modelos compuestos por un gran número de variables. La competencia, por ejemplo, es un proceso que produce ciertos resultados tan solo si interviene un número muy *elevado* de personas.

En algunas investigaciones, especialmente cuando se plantean problemas de tipo similar en las ciencias físicas, las dificultades pueden superarse mediante el uso, no de una información específica acerca de los elementos individuales, sino de datos sobre la frecuencia relativa o la probabilidad de la aparición de las diferentes propiedades relativas de los elementos. Pero ello solo es cierto en los casos en que nos encontramos ante lo que el doctor Warren Weaver (quien perteneció a la Fundación Rockefeller) ha llamado, empleando una distinción que debe entenderse en un sentido más amplio, «fenómenos de complejidad inorganizada», en contraposición a los «fenómenos de complejidad organizada» que tratamos en las ciencias sociales.^[3] Complejidad organizada significa, en este caso, que el carácter de las estructuras correspondientes no depende solo de las propiedades de los elementos individuales que las componen y de la frecuencia relativa con que se producen, sino también de la forma en que los elementos individuales se relacionan entre sí. Por esta razón, al explicar el funcionamiento de tales estructuras, no podemos sustituir la información sobre los elementos individuales por una información estadística, sino por una información completa sobre cada elemento, si es que nuestra teoría ha de servirnos para

formular predicciones específicas acerca de acontecimientos individuales. Si carecemos de esta información específica sobre los elementos individuales, habremos de limitarnos a lo que en otra ocasión he denominado meras «predicciones por modelos», es decir, predicciones de algunos de los atributos generales de las estructuras, pero sin que contengan afirmaciones específicas sobre los elementos individuales que componen dichas estructuras.^[4]

Esto es particularmente válido en relación con nuestras teorías sobre la determinación de los sistemas de precios y salarios relativos que se formarían espontáneamente en un mercado que funcionara correctamente. En la determinación de estos precios y salarios intervendrán los efectos de la información particular que posee cada uno de los que intervienen en el proceso de mercado, conjunto de hechos que en su totalidad no pueden ser conocidos por el observador científico o por cualquier otra persona individual. Tal es el verdadero motivo de la superioridad del orden de mercado y la razón por la que, mientras no lo perturbe la intervención estatal, acaba siempre por desplazarse hacia otros tipos de ordenamiento en los que la asignación de recursos se basa en un conocimiento de los hechos particulares (disperso entre innumerables individuos) superior al que una persona determinada puede poseer. Pero dado que nosotros, los observadores científicos, no podemos *conocer* nunca todas las determinantes de semejante orden ni, por lo tanto, dilucidar cuál será la estructura particular de los precios y salarios en que la demanda igualará a la oferta, tampoco podemos medir las desviaciones con respecto a este orden. Y tampoco podemos comprobar estadísticamente nuestra teoría de que son las desviaciones de este sistema de «equilibrio» de precios y salarios las que hacen imposible vender ciertos productos y servicios a los precios que se ofrecen.

Antes de proseguir con el tema inmediato de esta conferencia, es decir, los efectos de todo lo anterior sobre la política de empleo que actualmente se sigue, quisiera definir con mayor precisión las tan a menudo olvidadas limitaciones inherentes a nuestro conocimiento numérico. Con ello pretendo borrar la impresión de que en general rechazo el método matemático en economía. Considero como un gran mérito de la técnica matemática el que nos permita describir, mediante ecuaciones algebraicas, el carácter general de un modelo, aunque ignoremos los valores numéricos que determinan su manifestación particular. Sin esta técnica algebraica apenas habríamos conseguido una visión de conjunto de las *mutuas interdependencias* de los diferentes elementos que concurren en el mercado. Pero dicha técnica ha dado origen a la ilusión de que podemos utilizarla para determinar y predecir los

valores numéricos de esas magnitudes, lo cual ha llevado a una estéril búsqueda de constantes cualitativas.

Y esto ha ocurrido a pesar de que los modernos fundadores de la economía matemática no se hacían tales ilusiones. Es cierto que sus sistemas de ecuaciones que describen el modelo de un equilibrio de mercado están contruidos de tal manera que, *si* pudiéramos rellenar todos los espacios de sus fórmulas abstractas, es decir, si conociéramos todos los parámetros de esas ecuaciones, podríamos calcular los precios y cantidades de todas las mercancías y servicios vendidos. Pero, como demostró claramente Vilfredo Pareto, uno de los fundadores de esta teoría, no se trata de «llegar a un cálculo numérico de los precios», ya que, como él decía, sería «absurdo» suponer que podemos poseer todos los datos.^[5] El punto clave lo habían visto ya aquellos notables anticipadores de la economía moderna que fueron los escolásticos españoles del siglo XVI, los cuales insistían en que lo que ellos llamaban *pretium mathematicum*, el precio matemático, depende de tantas circunstancias particulares que solo Dios puede conocerlo.^[6] ¡Ojalá que nuestros economistas matemáticos tomaran tal afirmación en serio! Por mi parte, dudo de que su búsqueda de magnitudes mensurables haya aportado alguna contribución significativa a nuestra *comprensión teórica* de los fenómenos económicos, aparte su valor como *descripción* de situaciones particulares. Y tampoco estoy dispuesto a aceptar la excusa de que esta rama de la ciencia es todavía muy joven: ¡Sir William Petty, fundador de la econometría, fue colega de Sir Isaac Newton en la Royal Society!

No faltan casos en los que la falsa creencia de que las magnitudes mensurables pueden ser magnitudes importantes ha ocasionado un daño real en el campo económico: el actual problema de la inflación y el paro es ciertamente uno de los más serios. El prejuicio cientista ha hecho que la mayoría de los economistas hayan descuidado lo que generalmente constituye la verdadera causa del paro masivo, debido a que dicha causa no podía ser confirmada por relaciones directamente observables entre magnitudes mensurables. Por el contrario, la casi exclusiva preocupación por ciertos fenómenos *superficiales* cuantitativamente mensurables ha producido una política de efectos negativos.

He de admitir, por supuesto, que el tipo de teoría que yo propongo como la verdadera explicación del paro tiene un contenido en alguna forma limitado, ya que solo permite hacer unas predicciones sobre el *tipo* de acontecimientos previsibles en una situación dada. Pero los efectos prácticos de otras construcciones más ambiciosas no han sido muy afortunados.

Prefiero un conocimiento verdadero, aunque imperfecto, aun en el caso de que no pueda determinar y predecir gran parte de su objeto, a una pretensión de conocimiento exacto que probablemente será falso. El crédito de ciertas teorías aparentemente simples, pero falsas, por su aparente conformidad con modelos científicos reconocidos, puede tener, como demuestra el presente ejemplo, graves consecuencias.

En el caso que comentamos, las verdaderas medidas que la teoría «macroeconómica» dominante ha recomendado como remedio del paro, especialmente el incremento de la demanda global, se han convertido en causa de una mala asignación de recursos que inevitablemente conducirá a un paro todavía mayor. La continua inyección de cantidades adicionales de dinero en sectores del sistema económico en los que crea una demanda temporal, que cesará cuando dicha inyección se detenga o decrezca, junto a la expectativa de un alza continua de los precios, hace que el trabajo y demás recursos se destinen a empleos que solo durarán mientras el incremento de la cantidad de dinero mantenga el mismo nivel, o incluso tan solo mientras se siga acelerando a un ritmo determinado. Lo que esta política ha producido no es tanto un nivel de empleo que no se hubiera podido alcanzar con otros medios como una distribución del empleo que no puede mantenerse indefinidamente y que, tras un cierto tiempo, solo puede mantenerse mediante una tasa de inflación que conducirá rápidamente a una desorganización de toda la actividad económica. Lo cierto es que, debido a un erróneo punto de vista teórico, nos encontramos en una precaria situación en la que no podemos impedir la reaparición de un paro considerable; y ello no porque, como algunos erróneamente interpretan mi posición, dicho paro sea causado deliberadamente como medio para combatir la inflación, sino porque surge necesariamente como consecuencia lamentable, pero inevitable, de la errónea política seguida, tan pronto como la inflación deje de acelerarse.

Debemos, sin embargo, dejar a un lado estos problemas de inmediata importancia práctica que hemos planteado principalmente para ilustrar las importantes consecuencias que pueden originar los errores concernientes a los problemas abstractos de la filosofía de la ciencia. Hay motivos para preocuparse de los peligros a largo plazo creados en un campo mucho más amplio por la aceptación acrítica de afirmaciones que tienen la *apariencia* de ser científicas, como ocurre con los problemas que acabamos de discutir.

Con estas consideraciones he pretendido demostrar que —por lo que hace a mi materia, aunque creo que también puede aplicarse generalmente a las ciencias humanas— lo que a una mirada superficial aparece como el

procedimiento más científico es a menudo el menos científico, y, además, que en estas actividades hay unos límites definidos en cuanto a lo que podemos esperar de la ciencia. Ello significa que esperar de la ciencia —o del control deliberado de acuerdo con los principios científicos— más de lo que el método científico es capaz de darnos puede producir unos efectos deplorables. El progreso de las ciencias naturales ha sobrepasado en nuestro tiempo tan ampliamente nuestras expectativas que la simple sugerencia de que puede tener límites resulta necesariamente sospechosa. A esta idea se opondrán principalmente aquellos que piensan que nuestro creciente poder de predicción y de control, aceptado generalmente como característica del avance científico, puede permitirnos, si lo aplicamos a los procesos sociales, modelarlos enteramente a nuestro placer. Pero lo cierto es que —en contraste con el optimismo que suelen despertar los descubrimientos científicos— el conocimiento que nos proporciona el estudio de la sociedad tiene con frecuencia consecuencias nocivas sobre nuestras aspiraciones, y tal vez no sea sorprendente el que los más impetuosos jóvenes de nuestra profesión no estén siempre dispuestos a aceptar esta verdad. Incluso la confianza en el poder ilimitado de la ciencia suele estar basada en la falsa creencia de que el método científico consiste en la aplicación de unas técnicas ya hechas, o en la aplicación de la forma, más que de la sustancia, del procedimiento científico, como si para resolver todos los problemas sociales no se necesitaran más que unas cuantas recetas de cocina. A veces tengo la impresión de que las *técnicas* de la ciencia se aprenden con más facilidad que el *pensamiento* que nos muestra cuáles son los problemas y cómo debemos plantearlos.

Existe un grave conflicto entre lo que se espera de la ciencia para la satisfacción de las esperanzas populares y lo que aquélla puede dar realmente. Aun cuando todos los verdaderos científicos reconocen las limitaciones de la ciencia en el ámbito de los problemas humanos, mientras la gente espere más de ella, habrá siempre alguien que, tal vez sinceramente, pretenda hacer más de lo que realmente está en su mano para satisfacer las demandas populares. Es a menudo muy difícil para el experto, y por supuesto imposible en muchos casos para el que no lo es, distinguir en nombre de la ciencia entre las reivindicaciones justificadas y las que no lo son. La enorme publicidad que los medios de comunicación han hecho recientemente del informe —elaborado en nombre de la ciencia— *Los límites del crecimiento*, y el silencio de los mismos medios sobre las devastadoras críticas que algunos expertos competentes^[7] han hecho a tal informe, debe suscitar nuestro recelo ante el uso que puede hacerse del prestigio de la ciencia. Las reivindicaciones de un

tratamiento más científico de las actividades humanas y el afán de sustituir los procesos espontáneos por un «control humano consciente», no es ciertamente patrimonio exclusivo de las ciencias económicas. Si no estoy equivocado, la psicología, la psiquiatría, algunas ramas de la sociología, y más aún la llamada filosofía de la historia, están aún más dominadas por lo que he llamado el prejuicio cientista y por engañosas reivindicaciones acerca de lo que la ciencia puede conseguir.^[8]

Si hemos de salvaguardar la reputación de la ciencia y evitar la indebida apropiación del conocimiento basada en una similitud superficial de procedimiento con el de las ciencias físicas, habremos de esforzarnos con ahínco en desenmascarar tales pretensiones, algunas de las cuales se han convertido en intereses creados de ciertos departamentos universitarios. Nunca agradeceremos lo suficiente a algunos modernos filósofos de la ciencia, como Karl Popper, el habernos proporcionado un criterio seguro para distinguir entre lo que debemos o no aceptar como científico, criterio que seguramente falla en algunas de las doctrinas que hoy se aceptan. Hay, sin embargo, algunos problemas especiales, en relación con ciertos fenómenos esencialmente complejos de los que las estructuras sociales son un buen ejemplo, que me inducen a concluir repitiendo en términos más generales las razones que demuestran que dicha actitud no solo origina obstáculos insalvables para la predicción de determinados acontecimientos, sino que también, al actuar como si poseyéramos un conocimiento científico que nos permite superarlos, puede convertirse en un serio impedimento para el progreso del intelecto humano.

El punto clave que debemos recordar es que el rápido progreso de las ciencias físicas se ha producido en campos en los que se demostró que la explicación y la predicción podían basarse en leyes que consideraban los fenómenos observados como funciones de relativamente *pocas* variables, ya se tratara de hechos particulares o bien de frecuencias relativas de acontecimientos. Éste puede ser incluso el motivo fundamental que nos lleva a designar como «físicos» estos campos frente a aquellas estructuras más organizadas que yo llamo fenómenos «esencialmente complejos». No hay razón alguna para que la situación sea idéntica en ambos campos. Las dificultades que encontraremos en los fenómenos esencialmente complejos no se refieren —como una visión superficial podría inducir a creer— a la formulación de teorías que expliquen los hechos observados, si bien dichos fenómenos pueden originar dificultades en lo que respecta a la comprobación de las explicaciones propuestas y a la eliminación de las explicaciones falsas.

Esas dificultades se deben principalmente al problema que surge cuando aplicamos nuestras teorías a cualquier situación particular del mundo real. Una teoría sobre fenómenos esencialmente complejos debe referirse a un *amplio* número de hechos particulares, todos los cuales deben ser constatados antes de que podamos extraer de ella una predicción o de que podamos comprobarla.

Conseguido este objetivo, es posible que no se presente ninguna dificultad para formular predicciones contrastables. Con la ayuda de las modernas computadoras no parece que pueda existir dificultad para obtener una predicción introduciendo los datos apropiados en las fórmulas programadas. La verdadera dificultad estriba en conocer los hechos concretos. Para la solución de este problema —a veces *insoluble*— la ciencia *poco* puede contribuir.

Un simple ejemplo mostrará la naturaleza de esta dificultad. Pensemos en el caso de varias personas, de destreza aproximadamente igual, que juegan al balón. Si, además de nuestro conocimiento general sobre la habilidad de los jugadores, conociéramos algunos hechos particulares, como su estado de atención, sus percepciones y el estado de su corazón, pulmones, músculos, etc., tal vez podríamos predecir el resultado de cada momento del juego. Si estuviéramos familiarizados con el juego y con los equipos, conoceríamos bastante bien todo aquello de lo que depende el resultado. Pero es claro que no nos es posible conocer esos hechos, y, por consiguiente, el resultado del juego quedará fuera de la gama de predicciones científicas, aunque podemos conocer los efectos que los acontecimientos particulares producirán sobre el resultado del juego. Ello no quiere decir que durante el juego no podamos hacer predicciones. Si conocemos las reglas de los diferentes juegos y presenciemos una partida, podremos saber en seguida de cuál de ellos se trata y qué tipo de acciones son previsibles. Pero nuestra capacidad de predicción quedará limitada a las características *generales* de los acontecimientos previsibles, sin que podamos predecir los acontecimientos *particulares*.

Esta explicación corresponde a lo que antes llamé meras predicciones por modelos, a las cuales nos vamos progresivamente limitando a medida que vamos pasando de las esferas en las que prevalecen leyes relativamente simples a los fenómenos dominados por normas complejamente organizadas. Conforme vamos avanzando nos encontramos, con frecuencia creciente, con que podemos averiguar, si no todas, sí algunas de las circunstancias particulares que determinan el resultado de un proceso dado. Por consiguiente, podremos predecir algunas pero no todas las características de

dicho resultado. A menudo solo podremos predecir algunas características abstractas del modelo contemplado: relaciones entre tipos de elementos de los que individualmente conocemos muy poco. Incluso podremos hacer predicciones que pueden ser falsadas a pesar de satisfacer la prueba de Popper sobre significación empírica.

Desde luego, en comparación con las precisas predicciones que nos hemos acostumbrado a esperar en las ciencias físicas, esta especie de meras predicciones por modelo es un sucedáneo que en absoluto puede satisfacernos. Sin embargo, el peligro contra el que quiero prevenir es precisamente la creencia de que es necesario conseguir más para tener derecho a ser aceptado como científico. Este camino nos llevaría al charlatanismo o a algo peor, ya que el actuar en la creencia de que poseemos el conocimiento y el poder necesarios para moldear los procesos sociales a nuestro antojo, cuando en realidad no podemos hacerlo, puede tener probablemente consecuencias muy graves.

En las ciencias físicas pocas objeciones pueden hacerse contra el intento de hacer lo imposible; podemos incluso pensar que no debemos descorazonar al demasiado confiado, ya que, después de todo, sus experimentos pueden dar lugar a nuevas ideas. Pero en las ciencias sociales la falsa creencia de que el ejercicio de cierto poder podría tener consecuencias benéficas nos conduciría posiblemente a otorgar a alguna autoridad un nuevo poder de *coerción* sobre otros seres humanos. Aun cuando semejante poder no fuera en sí mismo pernicioso, su ejercicio impediría el funcionamiento de aquellas fuerzas espontáneas que, aunque no las comprendamos, tanto nos ayudan en la vida real para conseguir nuestras metas. Tan solo estamos empezando a comprender el delicado sistema de comunicación en que se basa el funcionamiento de la sociedad industrial avanzada. Este sistema de comunicación, al que llamamos mercado, resulta ser un mecanismo mucho más eficiente para digerir la información dispersa que todos los diseñados deliberadamente por el hombre.

Para que el hombre, en su empeño por mejorar el orden social, no haga más daño que bien, habrá de convencerse de que en este campo, como en todos aquellos en que prevalece un tipo de organización esencialmente compleja, no puede adquirir el conocimiento completo que le permita dominar los acontecimientos posibles. Además, el conocimiento que puede conseguir tendrá que usarlo no para moldear los resultados en la forma en que el artesano construye su obra, sino como el jardinero actúa con las plantas: ayudando al crecimiento proporcionando un entorno apropiado.

Existe un peligro en esa sensación de continuo progreso que ha engendrado el avance de las ciencias físicas y que incita al hombre («embriagado por el éxito», según frase característica del primitivo comunismo) a intentar someter nuestro entorno natural y humano al control de nuestra voluntad. El reconocimiento de unos límites infranqueables en su capacidad de conocer debe dar al estudioso de la sociedad una lección de humildad que le impida convertirse en cómplice del funesto esfuerzo del hombre por controlar la sociedad, esfuerzo que no solo lo convertiría en un tirano de los demás, sino que incluso podría llevarle a la destrucción de una civilización que no ha construido ningún cerebro, sino que ha surgido de los esfuerzos libres de millones de individuos.

Economía y conocimiento^[1]

I

La ambigüedad del título de este ensayo no es accidental. Su tema principal es desde luego el rol que los supuestos y las proposiciones acerca del conocimiento poseído por los diferentes miembros de la sociedad juegan en el análisis económico. Pero esto no está en absoluto desconectado de la otra cuestión que podría discutirse bajo el mismo título, la pregunta de hasta qué punto el análisis económico formal transmite algún conocimiento acerca de lo que sucede en el mundo real. De hecho mi principal aseveración será que las tautologías, de las cuales consiste esencialmente el análisis formal del equilibrio en economía, pueden convertirse en proposiciones que nos digan algo acerca de la causalidad en el mundo real sólo hasta el punto en el que seamos capaces de llenar esas proposiciones formales con enunciados definitivos acerca de cómo el conocimiento es adquirido y comunicado. Brevemente aseveraré que el elemento empírico en teoría económica —la única parte a la que le conciernen no sólo las implicaciones sino las causas y los efectos y que por lo tanto lleva a conclusiones que, en cualquier caso en principio, serían capaces de verificación^[2]— consiste en proposiciones acerca de la adquisición de conocimiento.

Tal vez debería comenzar recordándoles el interesante hecho de que en un buen número de intentos recientes hechos en diferentes campos para impulsar la investigación teórica más allá de los límites del análisis del equilibrio tradicional, la respuesta pronto ha probado dirigirse a los supuestos que hacemos con respecto a un punto que, sino idéntica al mío, es al menos parte de él, a saber, la cuestión de la predicción. Pienso que el campo en el que, como uno esperaría, se atrajo por primera vez una amplia atención sobre los supuestos concernientes a la predicción, fue la teoría del riesgo.^[3] El

incentivo que fue ejercido en esta conexión por el trabajo del profesor F. H. Knight podría probar tener una profunda influencia más allá de su especial campo. No mucho después los supuestos asumidos acerca de la predicción probaron ser de fundamental importancia para la solución de los rompecabezas en la teoría de la competencia imperfecta, las cuestiones de los duopolios y oligopolios. Y desde entonces se ha vuelto más y más obvio que en el tratamiento de las cuestiones más «dinámicas», como el dinero y las fluctuaciones industriales, los supuestos asumidos acerca de la predicción y de las «anticipaciones» juegan un rol igualmente central, y que en particular los conceptos que fueron asumidos en estos campos desde el análisis del equilibrio puro, como aquellos de una tasa de interés de equilibrio, podrían ser apropiadamente definidos sólo en términos de supuestos concernientes a la predicción. La situación aquí parece ser que antes de que podamos explicar por qué las personas cometen errores, primero debemos explicar por qué es que deberían alguna vez estar en lo correcto.

En general parece que hemos llegado a un punto en el que todos nos percatamos de que el mismo concepto de equilibrio puede hacerse definitivo y claro sólo en términos de supuestos concernientes a la predicción, a pesar de que tal vez no estemos de acuerdo exactamente en cuáles sean estos supuestos. Esta cuestión me ocupará más adelante en este ensayo. En este momento sólo estoy preocupado por mostrar que en la presente coyuntura, así queramos definir los límites de la economía estática o que queramos ir más allá de estos, no podemos escapar del molesto problema de cuál es la posición exacta que tienen en nuestro razonamiento los supuestos acerca de la predicción. ¿Puede ser esto un simple accidente?

Como ya he sugerido, la razón para esto me parece que es que tenemos que lidiar aquí sólo con un aspecto especial de una cuestión mucho más amplia que debimos haber enfrentado mucho más temprano. Cuestiones esencialmente similares a aquellas mencionadas, de hecho surgen tan pronto como cuando tratamos de aplicar el sistema de tautologías —aquella serie de proposiciones que son necesariamente ciertas porque son simples transformaciones de los supuestos desde los que partimos y que constituyen el contenido principal del análisis del equilibrio^[4]— a la situación de una sociedad que consta de varias personas independientes. He tenido la sensación desde hace tiempo que el propio concepto de equilibrio y los métodos que empleamos en el análisis puro, tienen un claro significado sólo cuando se confinan al análisis de la acción de un único individuo y que realmente estamos pasando a una esfera diferente e introduciendo silenciosamente un

nuevo elemento de naturaleza totalmente distinta cuando lo aplicamos a la explicación de las interacciones entre cierto número de individuos distintos.

Estoy seguro de que hay muchos que consideran con impaciencia y desconfianza a aquella tendencia, que es inherente en todos los análisis del equilibrio modernos, de convertir a la economía en una rama de la lógica pura, un conjunto de proposiciones autoevidentes que, como en las matemáticas o la geometría, no están sujetas a ninguna otra prueba más allá de la consistencia interna. Pero parece que, sólo si este proceso es llevado lo suficientemente lejos, puede traer consigo su propio remedio. Al destilar de nuestros razonamientos sobre los hechos de la vida económica aquellas partes que son verdaderamente *a priori*, no sólo aislamos un elemento de nuestro razonamiento como una especie de Lógica Pura de la Elección en toda su pureza, sino que también aislamos y hacemos énfasis en la importancia de otro elemento que ha sido bastante descuidado. Mi crítica de las recientes tendencias de hacer la teoría económica más y más formal no es que hayan ido muy lejos, sino que no la han llevado lo suficientemente lejos como para completar el aislamiento de esta rama de la lógica y para devolver a la investigación de los procesos causales a su merecido lugar, usando la teoría económica formal como una herramienta en la misma forma que las matemáticas.

II

Pero antes de poder probar mi aseveración de que las proposiciones tautológicas del análisis del equilibrio puro como tales no son directamente aplicables a la explicación de las relaciones sociales, primero debo mostrar que el concepto de equilibrio *tiene* un claro significado al ser aplicado a las acciones de un único individuo y cuál es este significado. En contra de mi aseveración puede ser argumentado que es precisamente aquí que el concepto de equilibrio no tiene significación alguna, porque si quisiera aplicarse, todo lo que podría decirse es que una persona aislada siempre estaría en equilibrio. Pero este último enunciado, aunque una perogrullada, no muestra sino la forma en la que el concepto de equilibrio es usado típicamente de forma incorrecta. Lo que es relevante no es si una persona está en equilibrio o no, sino que sus acciones estén en relación de equilibrio entre ellas. Todas las proposiciones del análisis del equilibrio, como las proposiciones de que los precios relativos corresponderán a los costes relativos, o que una persona igualará los retornos marginales de cualquier factor en sus distintos usos, son

proposiciones acerca de relaciones entre acciones. Puede decirse que las acciones de una persona están en equilibrio en tanto que pueden ser entendidas como parte de un plan. Sólo si es este el caso, solamente si todas estas acciones han sido decididas en un único instante y considerando un mismo conjunto de circunstancias, es que nuestros enunciados acerca de sus interconexiones, los cuales los deducimos de nuestros supuestos sobre el conocimiento y las preferencias de una persona, tienen aplicación alguna. Es importante recordar que estos llamados «datos», desde los que partimos en este tipo de análisis, son (aparte de sus gustos) todos los hechos dados a la persona en cuestión, las cosas según él sabe (o cree) que existen y en ningún caso en un sentido de hechos objetivos. Es sólo por esto que las proposiciones que deducimos son necesariamente válidas *a priori* y que preservamos la consistencia del argumento.^[5]

Las dos conclusiones principales de estas consideraciones son, *primero*, que ya que existen relaciones de equilibrio entre las acciones sucesivas de una persona sólo en tanto que sean parte de la ejecución del mismo plan, cualquier cambio en el conocimiento relevante de la persona, esto es, cualquier cambio que lo lleve a alterar su plan, perturba la relación de equilibrio entre las acciones ejecutadas anteriores al cambio en su conocimiento y a las posteriores a esto. En otras palabras, la relación de equilibrio abarca sólo aquellas acciones durante el período en el que sus anticipaciones probaron ser correctas. *Segundo*, que ya que el equilibrio es una relación entre acciones y ya que las acciones de una persona deben tener lugar de forma sucesiva en el tiempo, es obvio que el paso del tiempo es esencial para dar al concepto de equilibrio cualquier significado. Esto merece mencionarse puesto que muchos economistas parecen haber sido incapaces de encontrar un lugar para el tiempo en los análisis del equilibrio y en consecuencia han sugerido que el equilibrio sea concebido como atemporal. Me parece que esta es una declaración sin sentido.

III

Ahora, a pesar de lo que he dicho antes acerca del dudoso significado del análisis del equilibrio en este sentido si se aplica a las condiciones de una sociedad competitiva, por supuesto no quiero negar que el concepto fue originalmente introducido precisamente para describir la idea de algún tipo de balance entre las acciones de diferentes individuos. Todo lo que he argumentado hasta ahora es que el sentido en el que usamos el concepto de

equilibrio para describir la interdependencia de las diferentes acciones de una persona, no admite inmediatamente su aplicación a las relaciones entre acciones de diferentes personas. La cuestión es realmente el uso que le damos cuando hablamos del equilibrio refiriéndonos a un sistema competitivo.

La primera respuesta que parecería seguir a nuestro enfoque es que el equilibrio en este caso existe si las acciones de todos los miembros de la sociedad sobre un período de tiempo son todas ejecuciones de sus respectivos planes individuales, sobre los que cada quien decidió al principio del período. Sin embargo cuando nos preguntamos qué implica esto exactamente, parece que la respuesta levanta más dificultades que las que esclarece. No hay especial dificultad acerca del concepto de una persona aislada (o un grupo de personas dirigido por una sola de ellas) actuando sobre un período de tiempo de acuerdo a un plan preconcebido. En este caso la ejecución del plan no necesita satisfacer ningún criterio especial para que su ejecución sea concebible. Puede por supuesto estar basado en supuestos incorrectos en cuanto a los hechos externos y a este respecto puede tener que ser cambiado. Pero siempre habrá un conjunto concebible de eventos externos que podrían hacer posible que el plan se ejecute como fue originalmente concebido.

La situación es sin embargo diferente con los planes siendo determinados de forma simultánea pero independientemente por un cierto número de personas. En un primer caso, para que todos estos planes puedan llevarse a cabo, es necesario que estén basados en la expectativa de un mismo conjunto de eventos externos, ya que, si personas diferentes fueran a basar sus planes en expectativas conflictivas, ningún conjunto de eventos externos podría hacer posible la ejecución de todos estos planes. En segundo caso, en una sociedad basada en el intercambio, dichos planes se referirían en una extensión considerable a acciones que requieren acciones correspondientes de parte de los otros individuos. Esto significa que los planes de diferentes individuos deben ser compatibles en un sentido especial si va a ser incluso concebible que puedan ser llevados a cabo todos ellos.^[6] O para ponerlo de otra forma, ya que una parte de los «datos» en los que cualquiera de las personas basa sus planes será la expectativa de que otras personas actúen en una forma particular, es esencial para la compatibilidad de los diferentes planes que los planes de los unos contengan exactamente aquellas acciones que formarán los datos para los planes de los otros.

En el tratamiento tradicional del análisis del equilibrio parte de esta dificultad es aparentemente evitada por la suposición de que los datos, en la forma de tablas de demanda representando los gustos individuales y los

hechos técnicos, serán dados de forma idéntica a todos los individuos y que su actuación bajo las mismas premisas determinará de alguna forma que sus planes se adapten unos a otros. Que esto no supera realmente la dificultad creada por el hecho de que las acciones de una persona son los datos de otra persona y que esto implica en cierto grado un razonamiento circular, ha sido señalado muchas veces. Lo que sin embargo parece haber escapado de nuestra atención es que todo este procedimiento implica una confusión de una naturaleza mucho más general, de la cual el punto antes mencionado es tan solo un ejemplo particular y que se debe a una equivocación en el término «dato». Los datos que ahora se supone que son hechos objetivos y los mismos para todas las personas, evidentemente no son ya más la misma cosa que los datos que formaron el punto inicial de las transformaciones tautológicas de la Lógica Pura de la Elección. Ahí «datos» significaba todos los hechos y sólo los hechos, que estaban presentes en la mente de la persona que actúa y sólo esta interpretación subjetiva del término dato hacía de estas proposiciones verdades necesarias. «Dato» significaba dado, conocido por la persona en consideración. Pero en la transición desde el análisis de la acción de un individuo al análisis de la situación en una sociedad el concepto ha sufrido un insidioso cambio de significado.

IV

La confusión acerca del concepto de dato está en el fondo de tantas de nuestras dificultades en este campo que es necesario considerarla en algo más de detalle. Dato significa por supuesto algo dado, pero la cuestión que es dejada abierta, y que en las ciencias sociales es capaz de dos respuestas diferentes, es *a quién* se suponen dados los hechos. Los economistas parecen haber estado siempre algo inquietos subconscientemente acerca de este punto y haberse tranquilizado a sí mismos contra la sensación de que no saben exactamente a quién fueron dados los hechos, al resaltar el hecho de que *fueron* dados—incluso al usar la redundante expresión «datos dados». Pero esto no resuelve la cuestión de si los hechos referidos se suponen dados al economista o a las personas cuyas acciones éste quiere explicar y si este fuera el caso, si se asume que los mismos hechos son conocidos por todas las distintas personas en el sistema o si los «datos» para las distintas personas pueden ser diferentes. No parece haber duda posible de que estos dos conceptos de «datos», por una parte en el sentido de hechos objetivos reales, como el observador economista se supone que los conoce, y por otra parte en

el sentido subjetivo, como cosas conocidas por las personas cuyo comportamiento tratamos de explicar, son real y fundamentalmente diferentes y deben ser mantenidas separadas de forma cuidadosa. Y, como veremos, la cuestión de por qué los datos en el sentido subjetivo del término vendrían a corresponder alguna vez a los datos objetivos, es uno de los principales problemas a los que tenemos que dar respuesta.

La utilidad de la distinción se hace aparente de forma inmediata cuando la aplicamos a la cuestión de lo que podemos querer decir con el concepto de que una sociedad esté en algún momento en un estado de equilibrio. Evidentemente hay dos sentidos en los que puede decirse que los datos subjetivos, dados a las diferentes personas, y sus planes individuales, que necesariamente se siguen de ellos, estén en concordancia. Podemos simplemente querer decir que estos planes son mutuamente compatibles y que en consecuencia existe un conjunto concebible de eventos externos que permitirán a todas las personas llevar a cabo sus planes sin causar ninguna decepción. Si esta compatibilidad mutua de intenciones no está dada y en consecuencia ningún conjunto de eventos externos puede satisfacer a todas las expectativas, podríamos decir claramente que este no es un estado de equilibrio. Tenemos una situación en la que es inevitable la revisión de sus planes de al menos una parte de las personas, o, para usar una frase que en el pasado ha tenido un significado más bien vago, pero que parece venir al caso perfectamente, en la que perturbaciones endógenas son inevitables.

Queda sin embargo la otra cuestión de si los conjuntos subjetivos de datos corresponden a los datos objetivos y si en consecuencia las expectativas sobre las cuales se basan los planes son corroboradas por los hechos. Si la correspondencia entre los datos en este sentido fuera requerida para el equilibrio, nunca sería posible decidir de otra forma que retrospectivamente, al final del período para el que las personas han planeado, si al principio la sociedad estaba en equilibrio. Parece estar más en conformidad con el uso establecido decir en esos casos que el equilibrio, como se definió en el primer sentido, puede ser perturbado por una imprevista evolución de los datos (objetivos), y describir esto como una perturbación exógena. De hecho parece poco posible atribuir algún significado definitivo al muy usado concepto de cambio en los datos (objetivos) a menos que distingamos entre evoluciones externas en conformidad con, y aquellas diferentes de, las expectativas generales; y definir como «cambio» cualquier divergencia entre la evolución real y la evolución anticipada, independientemente de si representa un «cambio» en algún sentido absoluto. Si, por ejemplo, la alternancia de las

estaciones se interrumpiera repentinamente y el clima permaneciera constante desde un cierto día en adelante, esto ciertamente representaría un cambio de los datos en nuestro sentido, que es un cambio con respecto a las expectativas, aunque en un sentido absoluto no representase un cambio sino la ausencia de cambio. Pero todo esto significa que podemos hablar de cambio en los datos sólo si el equilibrio en el primer sentido existe, esto es, si las expectativas coinciden. Si están en conflicto, cualquier evolución en los hechos externos podría confirmar las expectativas de algunos y decepcionar a los demás y no habría forma de decidir qué fue un cambio en los datos objetivos.^[7]

V

Para una sociedad *podemos* entonces hablar de un *estado* de equilibrio en un instante —pero significa sólo que existe compatibilidad mutua entre los diferentes planes que los individuos han compuesto para la acción en el tiempo. Y el equilibrio continuará, una vez que exista, mientras los datos externos correspondan a las expectativas comunes de todos los miembros de la sociedad. La continuación de un estado de equilibrio en este sentido no es dependiente de que los datos externos sean constantes en un sentido absoluto y por lo tanto no está necesariamente confinado a un proceso estacionario. El análisis del equilibrio viene a ser en principio aplicable a una sociedad progresiva y a aquellas relaciones de precios intertemporales que nos han dado tantos problemas en tiempos recientes.^[8]

Estas consideraciones parecen arrojar luces de forma considerable a la relación entre equilibrio y predicción, algo que ha sido debatido acaloradamente en tiempos recientes.^[9] Parece que el concepto de equilibrio simplemente significa que las predicciones de los diferentes miembros de la sociedad son correctas en un sentido especial. Deben ser correctas en el sentido de que el plan de cada persona se base en las expectativas de tan solo aquellas acciones de otras personas que estas personas intentan ejecutar y que todos esos planes estén basados en la expectativa de un mismo conjunto de hechos externos, de manera que bajo ciertas condiciones nadie tendría razón alguna para cambiar sus planes. Una correcta predicción no es entonces, como ha sido a veces entendida, una precondition que debe existir para que se pueda llegar al equilibrio. Es más bien la característica definitoria de un estado de equilibrio. Para este propósito no es necesario que la predicción sea perfecta en el sentido de que necesite extenderse indefinidamente en el futuro,

o que todo el mundo deba predecir absolutamente todo correctamente. En cambio, deberíamos decir que el equilibrio durará mientras las anticipaciones prueben ser correctas y que estas necesitan ser correctas sólo en aquellos puntos que sean relevantes para las decisiones de los individuos. Pero sobre esta cuestión de qué es predicción o conocimiento relevante nos detendremos más adelante.

Antes de continuar probablemente debería detenerme por un momento para ilustrar con un ejemplo concreto lo que acabo de decir acerca del significado de un estado de equilibrio y de cómo este puede ser perturbado. Consideremos las preparaciones que sucederían en cualquier momento para la producción de casas. Ladrilleros, plomeros y otros estarán todos produciendo materiales que en cada caso corresponderán a cierta cantidad de casas para las que justo esta cantidad del particular material será requerido. De forma similar podemos imaginar a los futuros compradores acumulando ahorros los cuales les permitirán en ciertas fechas comprar unas cantidades definidas de casas. Si todas estas actividades representan preparaciones para la producción (y adquisición) de la misma cantidad de casas podemos decir que hay equilibrio entre ellas en el sentido de que todas las personas comprometidas podrán encontrarse con que pueden llevar a cabo sus planes.^[10] Esto no necesariamente debe ser así, ya que otras circunstancias que no son parte de sus planes de acción pueden terminar siendo diferentes de lo que esperaban. Parte de los materiales pueden destruirse por un accidente, las condiciones climáticas pueden hacer imposible la construcción, o un invento puede alterar las proporciones en las que los diferentes factores son requeridos. Esto es lo que llamaríamos un cambio en los datos (externos), lo que perturbaría el equilibrio que ha existido. Pero si los diferentes planes hubieran sido desde el principio incompatibles, es inevitable que los planes de alguien fueran frustrados y debieran ser cambiados y que en consecuencia todo el conjunto de acciones sobre el período no mostraría aquellas características que aplicarían si todas las acciones de cada individuo fueran interpretadas como parte de un único plan que este haya hecho desde un principio.^[11]

VI

Cuando en todo esto enfatizo la diferencia entre mera intercompatibilidad de los planes individuales^[12] y la correspondencia entre ellos y los hechos externos reales o datos objetivos, por supuesto no quiero sugerir que el inter-

acuerdo subjetivo no esté provocado de alguna forma por los datos externos. No habría razón por la que los datos subjetivos de distintas personas deban alguna vez corresponderse a menos que sean debidos a la experiencia de los mismos hechos objetivos. Pero el punto es que al análisis puro del equilibrio no le concierne la forma en que esta correspondencia se produce. En la descripción de un existente estado de equilibrio, el cual proporciona este análisis, simplemente es asumido que los datos subjetivos coinciden con los hechos objetivos. Las relaciones de equilibrio no pueden ser deducidas meramente desde los hechos objetivos, ya que el análisis de lo que harán las personas sólo puede comenzar desde aquello que es conocido por ellas. Ni tampoco el análisis del equilibrio puede comenzar tan solo de un conjunto de datos subjetivos dado, ya que los datos subjetivos de diferentes personas serán compatibles o incompatibles, esto es, que ya determinarían si el equilibrio existía o no.

No conseguiremos mucho más aquí a menos que nos preguntemos las razones de nuestra preocupación con el reconocidamente ficticio estado de equilibrio. Sea lo que sea que es ocasionalmente dicho por economistas demasiado puros, parece no haber duda posible de que la única justificación para esto sea la supuesta existencia de una tendencia hacia el equilibrio. Es sólo con esta afirmación que la economía deja de ser un ejercicio de lógica pura y se convierte en una ciencia empírica; y es a la economía como una ciencia empírica hacia donde debemos volcar ahora nuestra atención.

A la luz de nuestro análisis acerca del significado de un estado de equilibrio, debería ser fácil decir cuál es el contenido real de la afirmación de que una tendencia hacia el equilibrio existe. Difícilmente puede significar algo más que, bajo ciertas condiciones, el conocimiento y las intenciones de los diferentes miembros de la sociedad se supone que se van poniendo cada vez más de acuerdo, o, para poner la misma cosa en términos menos generales y menos exactos pero más concretos, que las expectativas de las personas y particularmente de los empresarios se harán cada vez más correctas. En esta forma la afirmación de la existencia de una tendencia hacia el equilibrio es claramente una proposición empírica, esto es, una afirmación acerca de lo que sucede en el mundo real lo cual debería ser, al menos en principio, capaz de verificarse. Y otorga a nuestro algo abstracto enunciado un significado más plausible de sentido común. El único problema es que todavía estamos más o menos en la oscuridad acerca de: 1) las *condiciones* bajo las cuales se supone que existe esta tendencia; y 2) la naturaleza del *proceso* mediante el cual el conocimiento individual cambia.

VII

En las presentaciones típicas del análisis del equilibrio se hace generalmente aparentar como si estuvieran resueltas estas cuestiones de cómo surge el equilibrio. Pero si miramos más de cerca, pronto se hace evidente que estas demostraciones aparentes no llegan a algo más que a la prueba aparente de lo que ya se asumía.^[13] El mecanismo que generalmente se adopta para este propósito es la suposición de un mercado perfecto donde cada evento es conocido inmediatamente por cada miembro. Es necesario recordar aquí que el mercado perfecto que es requerido para satisfacer los supuestos del análisis del equilibrio no debe ser confinado a los mercados particulares de cada una de las mercancías; sino que todo el sistema económico debe ser asumido como un mercado perfecto en el que todo el mundo conoce todo. El supuesto de un mercado perfecto significa nada menos que todos los miembros de la comunidad, aun si no se supone que sean estrictamente omniscientes, al menos se supone que conocen automáticamente todo aquello que es relevante para sus decisiones. Parece que el esqueleto en el armario, el «hombre económico», a quien hemos exorcizado con oración y ayuno, ha vuelto por la puerta trasera en la forma de un individuo cuasi-omnisciente.

La declaración de que si la gente sabe todo entonces se está en equilibrio es verdadera simplemente porque así es como definimos el equilibrio. El supuesto de un mercado perfecto en este sentido es sólo otra forma de decir que el equilibrio existe, pero no nos deja más cerca de una explicación de cómo ni cuándo dicho estado surge. Está claro que si queremos afirmar que bajo ciertas condiciones la gente se acercará a ese estado, debemos explicar a través de qué proceso adquirirán el conocimiento necesario. Desde luego cualquier supuesto acerca de la verdadera adquisición de conocimiento a lo largo de este proceso sería también de un carácter hipotético. Pero esto no significa que todos los supuestos estén igualmente justificados. Debemos lidiar aquí con supuestos acerca de la causalidad, de forma tal que lo que asumamos no sólo sea considerado como posible (lo cual ciertamente no es el caso si tan solo consideramos a las personas como omniscientes) sino que también deba ser considerado como probable de ser cierto; y debe ser posible, al menos en principio, demostrar que sea cierto en casos particulares.

El punto esencial aquí es que son estas hipótesis aparentemente subsidiarias o supuestos de que las personas efectivamente aprenden de la experiencia y de cómo adquieren conocimiento lo que constituye el contenido empírico de nuestras proposiciones acerca de lo que sucede en el mundo real.

Usualmente aparecen camufladas e incompletas como una descripción del tipo de mercado al que nuestra proposición se refiere; pero este es sólo un aspecto, aunque tal vez el más importante, del problema más general de cómo el conocimiento es adquirido y comunicado. El punto importante del que los economistas frecuentemente no parecen estar conscientes es que la naturaleza de estas hipótesis es en muchos aspectos bastante diferente a la de los supuestos más generales desde los que la Lógica Pura de la Elección comienza. Las principales diferencias me parece que son dos.

Primero, los supuestos desde los que parte la Lógica Pura de la Elección son hechos que sabemos que son comunes a todo el pensamiento humano. Pueden ser considerados como axiomas que definen o delimitan el campo dentro del que somos capaces de comprender o mentalmente reconstruir los procesos de pensamiento de otras personas. Son por lo tanto universalmente aplicables al campo en el que estamos interesados —aunque por supuesto dónde están estos límites *in concreto* es una pregunta empírica. Se refieren a un tipo de acción humana (que comúnmente llamamos racional, o simplemente consciente, para distinguirla de la acción instintiva) más que a las condiciones particulares bajo las cuales esta acción es emprendida. Pero los supuestos o hipótesis, que tenemos que introducir cuando queremos explicar los procesos sociales, conciernen a la relación del pensamiento de un individuo con el mundo exterior, la cuestión de en qué medida y cómo su conocimiento corresponde a los hechos externos. Y las hipótesis deben necesariamente manejarse en términos de afirmaciones acerca de conexiones causales, sobre cómo la experiencia crea conocimiento.

Segundo, mientras que en el campo de la Lógica Pura de la Elección nuestro análisis puede ser exhaustivo, esto es, mientras podamos desarrollar aquí un aparato formal que cubra todas las situaciones concebibles, las hipótesis suplementarias deben por necesidad ser selectivas, esto es, que debemos seleccionar de entre la variedad infinita de posibles situaciones aquellos tipos ideales que por alguna razón consideremos que son especialmente relevantes para las condiciones del mundo real.^[14] Por supuesto podríamos también desarrollar una ciencia separada, cuya materia esté *per definitionem* confinada a un «mercado perfecto» o algún otro objeto similarmente definido, justo como la Lógica de la Elección sólo aplica a personas que tienen que asignar medios limitados a una diversidad de fines. Para el campo así definido nuestras proposiciones volverían a ser ciertas *a priori*. Pero para dicho procedimiento careceríamos de la justificación que

consiste en la suposición de que la situación en el mundo real es similar a aquella que suponemos que sea.

VIII

Ahora debo volver a la pregunta de cuáles son las hipótesis concretas concernientes a las condiciones bajo las cuales se supone que las personas adquieren el conocimiento relevante y el proceso por el que se supone que lo adquieren. Si fuera del todo claro cuáles son las hipótesis usualmente empleadas a este respecto, deberíamos escudriñarlas en dos aspectos: deberíamos investigar si serían necesarias y suficientes para explicar un movimiento hacia el equilibrio y deberíamos mostrar hasta qué punto serían confirmadas por la realidad. Pero me temo que estoy llegando a un punto en el que se vuelve sumamente difícil decir cuáles exactamente son los supuestos sobre la base de los cuales afirmamos que hay una tendencia hacia el equilibrio y proclamar que nuestro análisis tenga una aplicación en el mundo real.^[15] No puedo pretender que haya llegado aún mucho más lejos en este punto. En consecuencia todo lo que puedo hacer es una serie de preguntas a las que debemos encontrar respuesta si queremos tener claro el significado de nuestro argumento.

La única condición, acerca de cuya necesidad para el establecimiento de un equilibrio los economistas parecen estar de acuerdo, es la «constancia de los datos». Pero luego de lo que hemos visto sobre la vaguedad del concepto de «datos» deberíamos sospechar, y correctamente, que esto no nos lleva mucho más lejos. Incluso si asumimos —como probablemente deberíamos— que aquí el término es utilizado en su sentido objetivo (que incluye, recordemos, las preferencias de los diferentes individuos) no está claro en lo absoluto que esta sea necesaria o suficiente para que las personas puedan realmente adquirir el conocimiento necesario, o que la intención haya sido presentarla como una declaración de las condiciones en que lo harían. Es bastante significativo que en cualquier caso algunos autores^[16] crean necesario añadir como una condición adicional separada la de «conocimiento perfecto». En efecto veremos que la constancia de los datos objetivos no es ni condición necesaria ni suficiente. Que no pueda ser una condición necesaria se sigue del hecho de que, en primer lugar, nadie querría interpretarlo en el sentido absoluto de que nada deba suceder jamás en el mundo y, en segundo lugar, como ya hemos visto, que tan pronto como quisiéramos incluir cambios que ocurran periódicamente o tal vez incluso cambios que sucedan a un ritmo

constante, la única forma en la que podemos definir la constancia es en referencia a las expectativas. Todo a lo que esta condición equivale entonces es que debe haber alguna regularidad discernible en el mundo que haga posible predecir eventos de manera correcta. Pero mientras esto claramente no es suficiente para probar que las personas aprenderán a predecir eventos correctamente, lo mismo es cierto en un grado un poco menor sobre la constancia de los datos en un sentido absoluto. Para un individuo, la constancia de los datos no significa en absoluto una constancia de todos los hechos independientes de él mismo, ya que, por supuesto, sólo las preferencias y no las acciones de otras personas pueden ser asumidas en este sentido como constantes. Y como todas aquellas personas cambiarán sus decisiones en la medida en que ganen experiencia sobre los hechos externos y las acciones de otras personas, no hay razón por la que estos procesos de cambios sucesivos deban tener un final. Estas dificultades son bien conocidas¹⁷¹ y sólo las menciono aquí para recordarles lo poco que sabemos acerca de las condiciones bajo las cuales un equilibrio sería alguna vez alcanzado. Pero no propongo seguir esta línea más allá, no porque a la cuestión de la probabilidad empírica de que las personas aprenden (esto es, que sus datos subjetivos tenderían a corresponder entre sí y con los hechos objetivos) le falten problemas muy interesantes y sin responder. La razón es más bien que me parece que hay otro camino más fructífero para aproximarnos al problema central.

IX

Las cuestiones que acabo de discutir acerca de las condiciones bajo las cuales sea probable que las personas adquieran el conocimiento necesario y el proceso por el que ellas lo adquirirían al menos han recibido alguna atención en discusiones pasadas. Pero hay una cuestión más allá que pienso que es igualmente importante, pero que parece no haber recibido atención alguna y es cuánto conocimiento y qué tipo de conocimiento deben poseer los distintos individuos para que podamos hablar de equilibrio. Está claro que para que el concepto pueda tener alguna significación empírica no puede presuponerse que todo el mundo conoce todo. Ya he tenido que utilizar el indefinido término de «conocimiento relevante», esto es, el conocimiento que es relevante a una persona en particular. Pero ¿qué es este conocimiento relevante? Difícilmente puede significar simplemente el conocimiento que de hecho influenció sus acciones, porque sus decisiones podrían haber sido

distintas no sólo si, por ejemplo, el conocimiento que poseía hubiese estado correcto en vez de incorrecto, sino también de haber poseído un conocimiento pleno acerca de distintos campos.

Claramente aquí hay un problema de *División del Conocimiento*^[18] el cual es bastante análogo, y tan importante como, el problema de división del trabajo. Pero mientras que este último ha sido una de las principales materias de estudio desde el principio de nuestra ciencia, el primero ha sido completamente descuidado, a pesar de que me parece que es el verdadero problema central de la economía como una ciencia social.^[19] El problema que pretendemos resolver es: cómo la interacción espontánea de un conjunto de personas, cada una poseyendo sólo pedacitos (*bits*) de conocimiento, produce un estado de cosas en el que los precios corresponden a los costes, etc.; y qué podría surgir a partir de la dirección deliberada sólo de alguien que tuviese la combinación del conocimiento de todos aquellos individuos. La experiencia nos muestra que algo de esto sucede, ya que la observación empírica de que los precios tienden a corresponder a los costes fue el comienzo de nuestra ciencia. Pero en nuestro análisis, en vez de mostrar qué pedacitos de información deben poseer las distintas personas para poder producir ese resultado, caemos en el supuesto de que todo el mundo conoce todo y por lo tanto evadimos cualquier solución real al problema.

Sin embargo, antes de poder proceder más allá en considerar esta división del conocimiento entre distintas personas, es necesario ser más específicos acerca del tipo de conocimiento que es relevante en esta conexión. Se ha vuelto costumbre entre los economistas recalcar sólo la necesidad de conocer los precios, aparentemente porque —como consecuencia de las confusiones entre datos objetivos y subjetivos— se da por sentado el conocimiento total de los hechos objetivos. En tiempos recientes incluso el conocimiento de los precios actuales se ha dado tanto por sentado que la única conexión en que la cuestión del conocimiento se consideraba problemática era en la anticipación de precios futuros. Pero, como ya he indicado al principio, las expectativas de precios e incluso el conocimiento de los precios actuales son sólo una muy pequeña sección del problema del conocimiento como yo lo veo. El aspecto más amplio del problema del conocimiento que me preocupa es el conocimiento del hecho básico de cómo las distintas mercancías pueden ser obtenidas y utilizadas,^[20] y bajo qué condiciones son realmente obtenidas y usadas, esto es, la pregunta general de por qué los datos subjetivos de las diferentes personas corresponden a los hechos objetivos. Nuestro problema del conocimiento aquí es precisamente la existencia de esta correspondencia,

la cual en mucho del análisis del equilibrio actual simplemente se asume que existe, pero que debemos explicar si queremos mostrar por qué las proposiciones, que son necesariamente ciertas acerca de la actitud de una persona hacia las cosas que él cree que tienen ciertas propiedades, vengan a ser ciertas para las acciones de una sociedad con respecto a las cosas que o bien poseen realmente estas propiedades o que, por alguna razón que tenemos que explicar, es creído comúnmente por los miembros de la sociedad que poseen estas propiedades.^[21]

Volviendo al problema especial que he estado discutiendo, la cantidad de conocimiento que los diferentes individuos deben poseer para que el equilibrio pueda prevalecer (o el conocimiento «relevante» que deben poseer), deberíamos acercarnos a una respuesta si recordamos cómo se hace evidente que el equilibrio no existe o que está siendo perturbado. Hemos visto que las conexiones del equilibrio se romperán si cualquier persona cambia sus planes, bien sea porque cambian sus preferencias (que no nos concierne aquí) o porque nuevos hechos le son conocidos. Pero hay evidentemente dos formas distintas en las que él puede aprender nuevos hechos que le hagan cambiar sus planes, las cuales para nuestros propósitos tienen significados totalmente diferentes. Él puede percatarse de los nuevos hechos como si fuese por accidente, esto es de una forma que no sea necesariamente una consecuencia del intento de ejecutar su plan original, o puede que sea inevitable que en el curso de su intento encuentre que los hechos son distintos a los que esperaba. Es obvio que, para que pueda proceder de acuerdo a su plan, su conocimiento debe ser correcto sólo en los puntos en los que será necesariamente confirmado o corregido en el curso de la ejecución del plan. Pero podría no tener conocimiento de cosas que, si lo hubiera tenido, ciertamente habría afectado a su plan.

La conclusión pues que debemos sacar es que el conocimiento relevante que debe poseer para que el equilibrio pueda prevalecer es el conocimiento que está destinado a adquirir en vista de la posición en la que originalmente está y los planes que entonces hace. Ciertamente no es todo el conocimiento que, si él adquiriese por accidente, le sería útil y lo llevaría a un cambio de su plan. Y por lo tanto podríamos tener muy bien una posición de equilibrio sólo porque algunas personas no tienen oportunidad de aprender nuevos hechos, los cuales, si los conociesen, les inducirían a cambiar sus planes. O en otras palabras, es sólo en relación con el conocimiento que una persona está obligada a adquirir en el transcurso de la ejecución de su plan original y de sus sucesivas alteraciones que es probable alcanzar un equilibrio.

Mientras que esta posición representa en un sentido una posición de equilibrio, es sin embargo claro que no lo es en el sentido especial en el que se consideraría al equilibrio como un tipo de posición óptima. Para que los resultados de la combinación de pedacitos individuales de conocimiento sean comparables a los resultados de una dirección de un dictador omnisciente, aparentemente deben ser introducidas condiciones adicionales.^[22] Y mientras parece bastante claro que es posible definir la cantidad de conocimiento que los individuos deben poseer para que se obtenga este resultado, no conozco ningún intento real en esta dirección. Una condición probablemente sería que cada uso alternativo de cualquier tipo de recurso sea conocido por el dueño de alguno de esos recursos que esté siendo usado para otro propósito y que de esta forma todos los diferentes usos de estos recursos estén conectados, bien sea directa o indirectamente.^[23] Pero menciono esta condición sólo como un ejemplo de cómo en la mayoría de los casos será suficiente que en cada campo sea un cierto margen de personas que entre ellos posean todo el conocimiento relevante. Elaborar esto en profundidad sería una tarea interesante y muy importante, pero excedería demasiado los límites de este ensayo.

A pesar de que lo que he dicho acerca de este punto ha sido mayormente en forma de crítica, no quiero parecer indebidamente abatido acerca de lo que ya hemos logrado en este campo. Incluso si nos hemos saltado un eslabón esencial en nuestro argumento, todavía creo que por lo que es implícito en su razonamiento, la economía ha llegado más lejos que cualquier otra ciencia social a responder la pregunta central de todas las ciencias sociales: cómo la combinación de fragmentos de conocimiento existentes en diferentes mentes puede producir resultados que, si se quisiera que fuesen producidos deliberadamente, requeriría un conocimiento de parte de la mente directora que ninguna persona individual podría poseer. Para demostrar que en este sentido la acción espontánea de los individuos, bajo ciertas condiciones que podemos definir, producirán una distribución de recursos que podría ser entendida como si hubiese sido hecha de acuerdo a un plan único, a pesar de que nadie lo haya planificado, me parece en efecto una respuesta al problema que ha sido descrito metafóricamente como el de la «mente social». Pero no debe sorprendernos que dichas pretensiones de nuestra parte sean usualmente rechazadas por los sociólogos, ya que no las hemos basado en los pilares correctos.

Sólo hay un punto más en esta conexión que quisiera mencionar. Este es que, si la tendencia hacia el equilibrio, que tenemos razones para creer que

existe con bases empíricas, es sólo hacia un equilibrio relativo a ese conocimiento que las personas adquirirán en el curso de su actividad económica y que si otro cambio del conocimiento debe ser considerado como un «cambio en los datos» en el sentido usual de la expresión, que cae fuera de la esfera del análisis del equilibrio, esto significaría que el análisis del equilibrio realmente no nos dice nada acerca del significado de dichos cambios en el conocimiento; e iría lejos en explicar por qué el análisis puro parece tener tan extraordinariamente poco que decir acerca de las instituciones, como la prensa, cuyo propósito es comunicar conocimiento. Y podría incluso explicar por qué la preocupación con el análisis puro crearía tan frecuentemente una peculiar ceguera sobre el rol que juegan en la vida real instituciones tales como la publicidad.

X

Con estas observaciones más bien inconexas sobre temas que merecerían un examen mucho más cuidadoso, debo concluir mi inspección de estos problemas. Sólo hay uno o dos comentarios adicionales que quisiera añadir.

Primero es que, al recalcar que la naturaleza de las proposiciones empíricas de las que tenemos que hacer uso si el aparato formal del análisis del equilibrio nos va a servir para una explicación del mundo real y que al enfatizar que las proposiciones acerca de cómo las personas aprenderán, que son relevantes en esta conexión, son de una naturaleza fundamentalmente distinta de aquella del análisis formal, no pretendo sugerir que se abre aquí, ni cómo, una amplio campo para la investigación empírica. Dudo bastante si dicha investigación nos enseñaría algo nuevo. El punto importante es más bien que deberíamos aclararnos acerca de cuáles son las cuestiones de hecho de las que depende la aplicabilidad de nuestro argumento en el mundo real, o, para poner lo mismo en otras palabras, en qué punto nuestro argumento, cuando es aplicado a los fenómenos del mundo real, se convierte en objeto de verificación.

El segundo punto es que por supuesto no quiero sugerir que el tipo de problemas que he estado discutiendo fuera ajeno a los argumentos de los economistas de las generaciones más viejas. La única objeción que puede hacerse en contra de ellos es que han mezclado tanto los dos tipos de proposiciones, las *a priori* y las empíricas, de las que cualquier economista realista hace uso constante, que frecuentemente es imposible ver qué tipo de validez claman para un enunciado particular. Trabajos más recientes han

estado más libres de esta falla —pero sólo al precio de dejar más y más oscuro el tipo de relevancia que tienen sus argumentos para los fenómenos del mundo real. Todo lo que he tratado de hacer ha sido encontrar el camino de vuelta al significado de sentido común de nuestro análisis, el cual, me temo, somos propensos a perder de vista al volverse más elaborados nuestros análisis. Podrán incluso creer que mucho de lo que he dicho ha sido un lugar común. Pero de tiempo en tiempo es probablemente necesario separarse de los tecnicismos del argumento y preguntarse bastante ingenuamente de qué es que se trata todo. Si tan solo he mostrado que en algunos aspectos la respuesta a esta pregunta no sólo no es obvia, sino que algunas veces ni siquiera sabemos cuál es, entonces he logrado mi propósito.



FRIEDRICH AUGUST VON HAYEK (Viena, Imperio austrohúngaro, 8 de mayo de 1899 - Friburgo, Alemania, 23 de marzo de 1992) fue un economista y filósofo político austriaco-británico que hizo contribuciones a la economía, la filosofía política, la psicología, la historia intelectual y otros campos. Hayek compartió el Premio Nobel de Ciencias Económicas de 1974 con Gunnar Myrdal por su trabajo sobre el dinero y las fluctuaciones económicas, y la interdependencia de los fenómenos económicos, sociales e institucionales. Su relato de cómo los precios comunican información es ampliamente considerado como una importante contribución a la economía que lo llevó a recibir el premio.

Durante su adolescencia, Hayek luchó en la Primera Guerra Mundial. Más tarde dijo que esta experiencia, junto con su deseo de ayudar a evitar los errores que llevaron a la guerra, lo llevó al estudio de la economía. Obtuvo un doctorado en derecho en 1921 y en ciencias políticas en 1923 en la Universidad de Viena. Posteriormente vivió y trabajó en Austria, Gran Bretaña, los Estados Unidos y Alemania, convirtiéndose en ciudadano británico en 1938. Su vida académica la pasó principalmente en la London School of Economics, más tarde en la Universidad de Chicago y luego en la Universidad de Friburgo. Es ampliamente considerado uno de los principales contribuyentes de la Escuela Austriaca de Economía.

Hayek tuvo una influencia considerable en una variedad de movimientos políticos del siglo XX, y a día de hoy sus ideas continúan influyendo a pensadores de una variedad de orígenes políticos. Aunque a veces se lo describe como un conservador, el propio Hayek se sentía incómodo con esta etiqueta y prefería ser considerado como un liberal clásico. Como cofundador de la Sociedad Mont Pelerin, contribuyó al renacimiento del liberalismo clásico en la era de la posguerra. Su trabajo más popular, *Camino de servidumbre*, ha sido reeditado muchas veces durante las ocho décadas desde su publicación original en 1944. En él, establece una defensa del liberalismo como respuesta a las críticas a la economía planificada y al socialismo, el cual considera un peligro para la libertad individual que inevitablemente conduce al totalitarismo.

Su obra, que comprende unos 130 artículos y 25 libros, no se limita únicamente a la ciencia económica, sino que trata desde filosofía política hasta antropología jurídica, historia o epistemología, y en general todo lo referente a ciencias sociales.

Hayek fue nombrado Compañero de Honor en 1984 por sus contribuciones académicas a la economía. Fue el primer ganador del Premio Hanns Martin Schleyer en 1984. También recibió la Medalla Presidencial de la Libertad en 1991 del presidente George H. W. Bush. En 2011, su artículo *El uso del conocimiento en la sociedad* fue seleccionado como uno de los 20 mejores artículos publicados en la *American Economic Review* durante sus primeros 100 años.

Notas

[1] Traducido del *American Economic Review*, XXXV, N.º 4 (septiembre, 1945), 519-30. En este ensayo, que ha llegado a ser un clásico de nuestro tiempo, Hayek planteó por primera vez su tesis de que el sistema de precios es un desarrollo social que ha resultado de la evolución y no del diseño deliberado, y que permite detectar y transmitir la información económica que se encuentra dispersa y fragmentada entre miles y miles de individuos. Emerge así una teoría que ve en el mercado un método de transmisión y utilización del conocimiento. <<

[2] *Capitalism, Socialism and Democracy* (New York: Harper & Bros., 1942), p. 175. Creo que el profesor Schumpeter es también el autor original del mito de que Pareto y Barone han «solucionado» el problema del cálculo socialista. Al igual que muchos otros, lo que ellos hicieron fue simplemente establecer las condiciones que tendría que satisfacer una asignación racional de los recursos e indicaron que éstas eran esencialmente las mismas que las condiciones de equilibrio de un mercado competitivo. Esto es algo completamente diferente a demostrar la forma en que esta asignación de recursos puede realizarse en la práctica satisfaciendo estas condiciones. El mismo Pareto (del que Barone ha tomado prácticamente todo lo que tiene que decir), lejos de afirmar haber resuelto el problema práctico, de hecho explícitamente niega que éste pueda solucionarse sin la ayuda del mercado. Consúltese su *Manuel d'économie pure* (2.^a edición, 1927), pp. 233-34. El párrafo pertinente aparece citado en una traducción inglesa al principio de mi artículo sobre «Cálculo Socialista: la “Solución” Competitiva», en *Economica*, VIH, N.º 26 (1940). Ver *Estudios Públicos* N.º 10. <<

[1] Discurso pronunciado en Estocolmo, con motivo de la recepción del Premio Nobel de Economía, el 11 de diciembre de 1974, publicado en *Les Prix Nobel* en 1974, Estocolmo, 1975 [trad. española en *¿Paro o inflación?*, cit.]. <<

[2] «Scientism and the study of society», *Economica*, vol. IX, n.º 35, agosto de 1942, reeditado en *The Counter-Revolution of Science*, Chicago, 1952 [trad. esp.: *La contrarrevolución de la ciencia*, Unión Editorial, 2003]. <<

[3] Warren Weaver, «A quarter century in the natural sciences», *The Rockefeller Foundation Annual Report 1958*, cap. I, «Science and complexity». <<

[4] Véase mi ensayo «The theory of complex phenomena», en *The Critical Approach to Science and Philosophy. Essais in Honor of K. R. Popper*, ed. M. Bunge, Nueva York, 1964, y reeditado (con añadiduras) en mis *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Londres y Chicago, 1967 [trad. esp.: «La teoría de los fenómenos complejos», en *Estudios de filosofía, política y economía*, Unión Editorial, 2007]. <<

[5] V. Pareto, *Manuel d'économie politique*, 2.^a ed., París, 1927, pp. 223-24.
<<

[6] Véase, por ejemplo, Luis de Molina, *De iustitia et iure*, Colonia, 1596-1600, tomo II, disp. 347, n.º 3, y particularmente Juan de Lugo, *Disputationum de iustitia et iure tomus secundus*, León, 1642, disp. 26, sect. 4, n.º 40. <<

[7] Véase *The Limits to Growth: a Report of the Club of Rome's Project on the Predicament of Mankind*, Nueva York, 1972; para un examen sistemático por parte de un economista competente, véase Wilfred Beckerman, *In Defence of Economic Growth*, Londres, 1974; un panorama de las primeras críticas de los expertos en Gottfried Haberler, *Economic Growth and Stability*, Los Angeles, 1974, quien con razón califica su efecto de «devastador». <<

[8] He dado algunas ilustraciones de estas tendencias en otros campos en mi conferencia inaugural como profesor visitante en la Universidad de Salzburgo, *Die Irrtümer des Konstruktivismus und die Grundlagen legitimer gesellschaftlicher Gebilde*, Munich, 1970, publicada de nuevo para el Instituto Walter Eucken de Frigurgo en Brisgovia, por J. C. B. Mohr, Tubinga, 1975, y nuevamente como capítulo I de este volumen. <<

[1] Discurso presidencial al London Economic Club, el 10 de noviembre de 1936. Publicado por primera vez en *Economica* (Febrero de 1937). Traducido por Luis Luque [para *Procesos de Mercado: Revista Europea de Economía Política*, Vol. XIII, n.º 1, Primavera 2016, pp. 413 a 438. Incluido como extra para esta edición de ePL de *Sobre el conocimiento*]. Durante la traducción al castellano se decidió incluir las notas de pie de página contenidas en dos publicaciones distintas de este ensayo que se utilizaron como fuente. [a]: «The L. S. E. Essays on Cost», ed. J. M. Buchanan and G. F. Thirlby (New York University Press, 1981) y [b]: «Individualism and Economic Order» (The University of Chicago Press, 1980). Las notas que no indiquen otra cosa fueron incluidas como se presentan en ambas publicaciones. <<

[2] O más bien falsación. Cf. K. Popper, *Logik der Forschung*, (Vienna 1935), pássim. <<

[3] Una inspección más completa de los procesos por los cuales la importancia de las anticipaciones fue gradualmente introducida en el análisis económico probablemente tendría que comenzar con *Appreciation and Interest* (1896) del profesor Irving Fisher. <<

[4] Quisiera aclarar desde un principio que a lo largo de este artículo utilizo la expresión «análisis del equilibrio» en el sentido más estrecho que es equivalente al enfoque «funcional» (distinguido del «genético-causal») bautizado así por el profesor Hans Mayer y la que solía describirse vagamente como la «escuela matemática». Es alrededor de este enfoque que han girado la mayoría de las discusiones de los últimos diez o quince años. Es cierto que el profesor Mayer nos ha ofrecido la posibilidad de otro enfoque, el genético-causal, pero difícilmente pueda negarse que esto sigue siendo en gran medida una promesa. Debería sin embargo mencionarse aquí que algunas de las sugerencias más estimulantes en problemas estrechamente relacionados a los aquí tratados han provenido de este círculo. Cf., H. Mayer, «“Der Erkenntniswert der funktionellen Preistheorien”, *Die Wirtschaftstheorie der Gegenwart*», 2 (1931); P. N. Rosenstein-Rodan, «“Das Zeitmoment in der mathematischen Theorie des wirtschaftlichen Gleichgewichts”, *Zeitschrift für Nationalökonomie*», 1, N.º 1, y «The role of Time in Economic Theory», *Económica N. S.*, 1 (1), (1934). *N. del T.*: Nota incluida sólo en [a]. <<

[5] Cf., en este punto particular L. Mises, *Grundprobleme der Nationalökonomie* (Jena 1933), págs. 22 ss., 160 ss. <<

[6] Desde hace mucho me ha maravillado por qué no ha habido, hasta donde sé, ningún intento sistemático en sociología para analizar las relaciones sociales en términos de correspondencia y no-correspondencia, o compatibilidad y no-compatibilidad, de los fines y deseos de los individuos. *N. del T.:* En [a] se incluye además el siguiente comentario: «Me parece que la técnica matemática de *analysis situs* (topología) y particularmente conceptos desarrollados por ella tales como el homeomorfismo podrían probar ser muy útiles en esta conexión, aunque pueda parecer dudoso incluso hasta si esta técnica, en cualquier caso en el actual estado de su desarrollo, es adecuada a la complejidad de las estructuras con las que tenemos que tratar. Un primer intento hecho recientemente en esta dirección por un eminente matemático (Karl Menger, *Moral, Wills und Weltgestaltung*, [Viena 1934]) aún no ha llevado a resultados muy esclarecedores. Pero podemos esperar con interés el tratado en teoría sociológica exacta que el profesor Menger ha prometido para un futuro cercano. (Cf., “Einige neuere Fortschritte in der exakten Behandlung sozialwissenschaftlicher Probleme”, in *Neuere Fortschritte in den exakten Wissenschaften* (Viena 1936), p. 132)». <<

[7] Cf. «The Maintenance of Capital», *Economica* N. S., 2 (1935), p. 265, publicado nuevamente en «Profits, Interest and Investment» (Londres, 1939).
<<

[8] Esta separación del concepto de equilibrio de un proceso estacionario no me parece más que el resultado necesario de un proceso que lleva ya bastante tiempo. Que la asociación de estos dos conceptos no sea esencial sino que se deba a razones históricas es hoy probablemente el sentimiento general. Si no se ha efectuado aún una separación completa, aparentemente es sólo porque no se ha sugerido todavía una definición alternativa del estado de equilibrio que exprese de forma general aquellas proposiciones del análisis del equilibrio que son esencialmente independientes del concepto de estado estacionario. Sin embargo es evidente que la mayoría de las proposiciones del análisis del equilibrio no se supone que sean sólo aplicables en un estado estacionario que probablemente nunca se alcanzará. El proceso de separación parece haber comenzado con Marshall y su distinción entre los equilibrios de corto y largo plazo. (Cf. afirmaciones como esta: «For the nature of equilibrium itself, and that of the causes by which it is determined, depend on the length of the period over which the market is taken to extend». *Principles*, 7.^a ed., 1, 6, p. 330). La idea de un estado de equilibrio que no fuera un estado estacionario era ya inherente en mi artículo «Das intertemporale Gleichgewichtssystem der Preise und die Bewegungen des Geldwerts» (*Weltwirtschaftliches Archiv*, 28 [1928]) y es por supuesto esencial si queremos utilizar el instrumental del equilibrio para la explicación de cualquiera de los fenómenos conectados con la «inversión». Sobre toda esta materia se puede encontrar mucha información histórica en E. Schams, «Komparative Statistik», *Zeitschrift für Nationalökonomie*, 2, N.º 1 (1930). **N. del T.:** En [b] se incluye a esta nota el siguiente comentario: «Ver también de F. H. Knight “The Ethics of Competition” (Londres, 1935) págs. 175 ss.; para un mayor desarrollo de estos temas desde la primera publicación de este ensayo, revisar de este autor “Pure Theory of Capital” (Londres, 1941) capítulo ii». <<

[9] Cf. particularmente O. Morgenstern, «Vollkommene Voraussicht und Wirtschaftliches Gleichgewicht», *Zeitschrift für Nationalökonomie* (1934), 6, p. 3. <<

[10] Otro ejemplo de mayor importancia general sería por supuesto la correspondencia entre «inversión» y «ahorro» en el sentido de la proporción (en términos de coste relativo) en la cual los empresarios proveen bienes de producción y bienes de consumo para una fecha particular y la proporción en que los consumidores en general distribuirán en esa fecha sus recursos entre bienes de producción y bienes de consumo. (Cf. mis ensayos «Profits, Interest and Investment» (Londres, 1939), págs. 135-56, y «The Maintenance of Capital», en el mismo volumen, págs. 83-134). Puede ser interesante mencionar en esta conexión en el curso de las investigaciones del mismo campo, que me llevaron a estas especulaciones, la teoría de las crisis, del gran sociólogo francés G. Tarde que apuntó a la «*contradiction des croyances*», «*contradiction de jugements*» o «*contradictions des esperances*» como la causa principal de estos fenómenos (*Psychologie économique* (Paris 1902) 2, págs. 129-8; Cf. también N. Pinkus, *Das Problem des Normalen in der Nationalökonomie* (Leipzig, 1906), págs. 252 y 275). <<

[11] Es una cuestión interesante, pero que no puedo discutir aquí, si para que podamos hablar de equilibrio, cada uno de los individuos debe estar en lo correcto o si no sería suficiente si, como consecuencia de una compensación de errores en diferentes direcciones, las cantidades de las diferentes mercancías que llegan al mercado fueran las mismas que si todos los individuos hubiesen acertado. Me parece que un equilibrio en el estricto sentido requeriría satisfacer la primera condición, pero puedo concebir que un concepto más amplio, requiriendo sólo la segunda condición, podría ser útil ocasionalmente. Una discusión más completa sobre este problema tendría que considerar toda la cuestión del significado que algunos economistas (incluyendo a Pareto) atribuyen a la ley de los grandes números en esta conexión. Acerca de este tema en general ver P. N. Rosenstein-Rodan, «*The Coordination of the General Theories of Money and Price*», *Economica*, (Agosto 1936). <<

[12] O ya que en vista del carácter tautológico de la Lógica Pura de la Elección «los planes individuales» y los «datos subjetivos» pueden ser usados de manera intercambiable, entre la concordancia de los datos subjetivos de los diferentes individuos. <<

[13] Esto parece admitirse implícitamente, aunque difícilmente se reconoce conscientemente, cuando en los últimos tiempos se enfatiza frecuentemente que el análisis del equilibrio sólo describe las condiciones del equilibrio sin intentar derivar la posición del equilibrio a partir de los datos. El análisis del equilibrio en este sentido sería por supuesto de lógica pura y no contendría ninguna afirmación acerca del mundo real. <<

[14] La distinción aquí trazada puede ayudar a resolver la vieja diferencia entre economistas y sociólogos acerca del rol que juegan los tipos ideales en el razonamiento de la teoría económica. Los sociólogos suelen enfatizar que el procedimiento usual de la teoría económica involucra el uso de tipos ideales particulares, mientras que el teórico de la economía señala que su razonamiento es de una generalidad tal que no necesita hacer uso de ningún tipo ideal. La verdad parece ser que dentro del campo de la Lógica Pura de la Elección, en la que los economistas están mayormente interesados, estos están en lo correcto, pero que tan pronto se quiera utilizarlo para la explicación de un proceso social tienen que usarse tipos ideales de una forma u otra. <<

[15] Los antiguos economistas fueron a menudo más explícitos en este punto que sus sucesores. Por ejemplo Adam Smith («Wealth of Nations» ed. Cannan, I, 116): «In order, however, that this equality [of wages] may take place in the whole of their advantages or disadvantages, three things are required even when there is perfect freedom. First, the employment must be well known and long established in the neighborhood...»; o David Ricardo («Letters to Malthus», 22 de octubre de 1811, pág. 18): «It would be no answer to me to say that men were ignorant of the best and cheapest mode of conducting their business and paying their debts. Because that is a question of fact, not science, and might be argued against almost every proposition in Political Economy». *N. del T.: Nota incluida sólo en [b].* <<

[16] Ver N. Kaldor, «*A Classificatory Note on the Determinateness of Equilibrium*», *Review of Economic Studies*, 1, N.º 2, (1934), p. 123. <<

[17] Acerca de todo esto cf. Kaldor, «*A Classificatory Note...*», pássim. <<

[18] Cf. L. v. Mises *Gemeinwirtschaft* (2.^a Ed.; Jena, 1932), pág. 96: «Die Verteilung der Verfügungsgewalt über die wirtschaftlichen Güter der arbeitsteilig wirtschaftenden Sozialwirtschaft auf viele Individuen bewirkt eine Art geistiger Arbeitsteilung, ohne die Produktionsrechnung und Wirtschaft nicht möglich waren». **N. del T.:** *En la traducción al castellano* («*Socialismo*», Nueva York, *Western Books Foundation*): «La repartición, entre numerosos individuos, de la facultad de disponer de los bienes económicos en la sociedad que se funda en la división del trabajo realiza una especie de división del trabajo intelectual, sin la que sería imposible el cálculo de la producción y de la economía». *Esta nota sólo fue incluida en [b]*. <<

[19] No estoy seguro, pero espero, que la distinción entre la Lógica Pura de la Elección y la economía como una ciencia social es esencialmente la misma distinción que el profesor A. Ammon tiene en mente cuando enfatiza una y otra vez que «*Theorie des Wirtschaftens*» no es aún una «*Theorie der Volkswirtschaft*». **N. del T.:** «Teoría de la actividad económica» y «Teoría de la economía», respectivamente. *Esta nota sólo fue incluida en [a]. <<*

[20] El conocimiento en este sentido es más de lo que usualmente se describe como habilidad y la división del conocimiento de la que hablamos aquí es más de lo que se trata en la división del trabajo. Para ponerlo brevemente, «habilidad» se refiere sólo al conocimiento del que una persona hace uso en su oficio, mientras que este conocimiento, acerca del que debemos saber algo para poder ser capaces de decir algo acerca de los procesos en la sociedad, es el conocimiento de las posibilidades de acción alternativas de las que no se hace un uso directo. Puede añadirse aquí que el conocimiento, en el sentido en que usamos aquí el término, es idéntico a la predicción sólo en el sentido en que todo conocimiento es capacidad de predecir. <<

[21] Que todas las proposiciones de teoría económica se refieren a cosas que son definidas en términos de actitudes humanas hacia ellas, esto es, que por ejemplo el «azúcar» acerca de la cual la teoría económica ocasionalmente habla, no está definida por sus cualidades «objetivas», sino por el hecho de que las personas creen que servirá a ciertas necesidades de una cierta forma, es la fuente de todo tipo de dificultades y confusiones, particularmente en conexión con el problema de la «verificación». Es por supuesto también en esta conexión que el contraste entre la ciencia social de la *verstehende* y el enfoque conductista se hace tan evidente. No estoy seguro de que los conductistas en las ciencias sociales estén lo suficientemente conscientes de *cuánto* del enfoque tradicional tendrían que abandonar si quisieran ser consistentes, o de que quisieran adherirse a ello consistentemente si fueran conscientes. Implicaría, por ejemplo, que las proposiciones de la teoría monetaria tendrían que referirse exclusivamente a, digamos, «discos redondos de metal con un cierto sello» o algún objeto o grupo de objetos similarmente definidos. <<

[22] Estas condiciones son usualmente descritas como ausencia de «fricciones». En un artículo publicado recientemente («Quantity of Capital and the Rate of Interest». *Journal of Political Economy*, 44, N.º 5 (1936), p. 638) el profesor F. H. Knight correctamente señala que «el “error” es el significado usual de fricción en las discusiones económicas». <<

[23] Esta sería una condición, aunque probablemente no una suficiente, para asegurar que, con un estado dado de demanda, la productividad marginal de los diferentes factores de producción en sus diferentes usos deberían igualarse y que en este sentido un equilibrio de la producción debería haber surgido. Que no sea necesario, como uno podría pensar, que todos los posibles usos alternativos de cualquier tipo de recursos deban ser conocidos para al menos uno de los dueños de cada grupo de dichos recursos que son usados para un propósito particular, se debe al hecho de que las alternativas conocidas por los dueños de los recursos en un uso particular son reflejados en los precios de estos recursos. De esta forma puede ser una distribución de conocimiento suficiente de los usos alternativos, $m, n, o, \dots y, z$, de una mercancía, si A quien usa la cantidad de estos recursos poseídos por él para m , conoce de n ; y si B, quien usa los suyos para n , conoce de m ; mientras que C quien usa los suyos para o , conoce de n , etc.; hasta que lleguemos a L, quien usa los suyos para z , pero que sólo conoce y . No estoy claro en qué medida, adicionalmente a esto, sea requerida una distribución particular del conocimiento de las diferentes proporciones cuando distintos factores puedan ser combinados en la producción de una mercancía cualquiera. Para un completo equilibrio se requerirán supuestos adicionales acerca del conocimiento que poseen los consumidores sobre la capacidad de prestación de servicios de las mercancías para la satisfacción de sus deseos. <<

*Cuadernos
liberales*

Friedrich A. Hayek

SOBRE EL CONOCIMIENTO



Lectulandia